

ARMAS

EDAD DE PIEDRA. — ERA CÉLTICA. — ARMAS DE BRONCE, GRIEGAS, EGIPCIAS, PERSAS, ETRUSCAS, ASIRIAS, GALAS Y ROMANAS

Para determinar el origen de las armas, preciso es remontarse á las primeras edades, ó mejor dicho, al período en que fué posible la existencia del hombre, ya que su aparición en la tierra se señala por sus rudimentarias creaciones, verdaderamente interesantes y dignas de estudio. Sus primeros instrumentos de ataque y defensa suministróselos la naturaleza, y los cuchillos, hachas y puntas de piedra para lanza y flecha (figs. 70 y 71) revelan los recursos que supieron alcanzar los primeros pobladores de nuestro planeta.

A medida que el curso de las edades determinaba en los primeros hombres nuevas fases, sus manifestaciones ofrecían asimismo muestras de incipientes progresos.

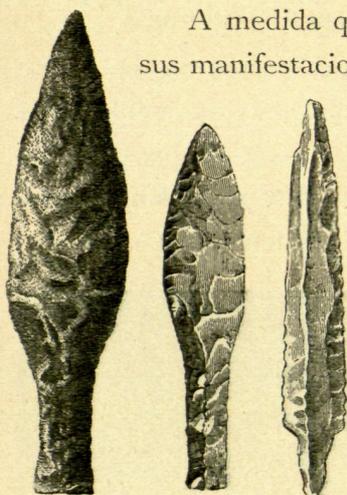


Fig. 70. — 1: Punta de lanza de pedernal encontrada en la isla de Rugen, en el Báltico.—2: Otra lanza de pedernal negro, procedente de Suecia.—3: Punta de flecha de pedernal gris, encontrada también en Suecia, cerca de Skone

En las armas obsérvanse modificaciones en su esencia y en su estructura, y á medida que el tiempo avanza y que las sociedades se forman y se constituyen los pueblos, aquilatándose la idea de patria, aumenta el hombre sus medios de ataque y multiplica los recursos de defensa. Circuye sus chozas, amparo de la familia, de rústica empalizada, que transforma en muros superponiendo pétreas moles cuando consigue trocar su primitivo y deleznable hogar por la estabilidad de las obras de fábrica, y concibe la construcción de armas que le protejan de los golpes de su enemigo.

Proscrita la piedra y utilizado el bronce (fig. 72) y el hierro, se abandonó la forma primitiva, y aunque no menos rudimentaria, aplicóse á la hoja un mango de madera á modo de empuñadura, tosca y grosera, con un escaso pulimento, en armonía con el penoso proceso de los primitivos tiempos.

El uso del bronce no proscribió el de la piedra, conforme lo demuestra el hecho de hallarse mezcladas armas construídas de ambas materias en los monumentos megalíticos. Las únicas diferencias que pueden establecerse, determínanse por el modo especial de ser y la situación respectiva de los pueblos del período protohistórico.

Del perfecto conocimiento de las aleaciones se deriva la construcción de armas, como la espada, que ha tenido el privilegio de perpetuar su forma, puesto que los tipos de las espadas de bronce del período céltico sirvieron, sin duda, para la ejecución de las espadas de hierro (fig. 73).

A medida que los hombres avanzaron en la senda de su relativo progreso, perfeccionáronse también sus creaciones. Las armas, los útiles y efectos mejoran á proporción que las edades se suceden y transcurren los siglos (fig. 74). Los metales proscribieron las aplicaciones de la piedra, y así el bronce como el hierro significan nuevos adelantos. El cuchillo de pedernal sustituyóse por la espada de bronce y ésta por la de hierro, corta ó con las dimensiones necesarias como instrumento de ataque y defensa.

Compréndese sin esfuerzo que la invención de las armas defensivas debía ser casi simultánea ó seguir á la de las ofensivas, y que aquéllas, respondiendo al propósito de proteger las partes del cuerpo en que más peligrosas pudieran ser las heridas ó las que más se exponían en los combates, debieron sufrir las modificaciones



Fig. 71. — Armas de sílice encontradas en el campo romano

que determinaron las épocas, los progresos realizados en las industrias ó los mayores riesgos á que se exponían los combatientes. Probable es que las pieles de animales debieron ser los primeros recursos que utilizó el hombre primitivo para defenderse, cubriéndose con ellas la cabeza y el cuerpo, ya para preservarse de sus ataques ó ampararse de las armas de sus contrarios, en las luchas que pudieron sostener aquellos pueblos en sus primeros albores. No cabe duda que no empezaron á usarse las verdaderas armaduras hasta que se conocieron los metales y el hombre pudo disponer de medios y recursos para trabajarlos. Del conjunto de piezas que llegaron á constituir la armadura, dos de ellas consérvanse á través de las edades en todos los pueblos. El casco y el escudo empleáronse ya en las civilizaciones primitivas como único armamento defensivo para proteger respectivamente la cabeza y el cuerpo (figs. 75 y 76).

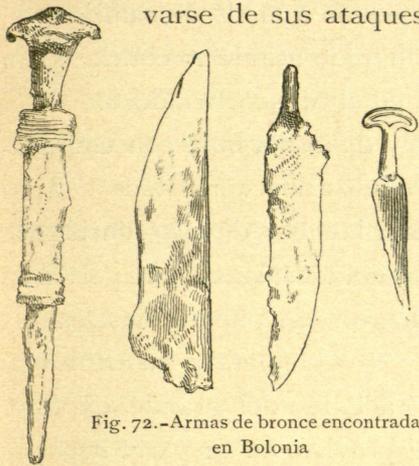


Fig. 72. - Armas de bronce encontradas en Bolonia

Es indudable que la costumbre de cubrirse la cabeza y algunas partes del cuerpo con una materia resistente data de las épocas más remotas y es distintiva de las primeras civilizaciones, siendo su uso constante y tradicional en todas las épocas y en todos los pueblos. A excepción del período protohistórico, el bronce y el hierro fueron los metales generalmente adoptados para la fabricación del casco, al que se dió la forma semiesférica, como exigida por la configuración del cráneo. Con motivo de los mayores medios de destrucción que fué adquiriendo paulatinamente el hombre, vióse obligado también á aumentar los de su defensa, variando y mejorando su estructura, adicionándose piezas de avance, como la visera para proteger el rostro, y el cubrenuca y apéndices, como las yugulares y el nasal, dispuestos asimismo para hacer más eficaz su protección. Éstas al cabo fueron unidas formando un todo articulado que permitía al guerrero cubrir ó descubrir el rostro á voluntad y tener la cabeza defendida por completo. Comúnmente formábase el casco por dos trozos de metal abombados, cuya unión producía una cresta ó arista más ó menos pronunciada, la cual los artífices de todos los tiempos hallaron medio de embellecer adornándola con penachos, crines ó figuras simbólicas, que bajo distintas formas constituían la cimera.

Los monumentos egipcios ofrécennos representaciones gráficas del armamento usado por aquel pueblo tan digno de estudio, figuradas en sus templos ó sepulcros, ya que se hallan pintadas ó esculpidas en sus muros las armas que usaron los soldados de aquellos Faraones, que llevaron sujeto tras su carro de guerra al pueblo hebreo. El casco, de forma cónica ó completamente esférico, prolongábase en su parte posterior á modo de cubrenuca y se sujetaba por medio de cordones que se anudaban bajo la barba, sirviéndole de ornato más que de

defensa dos bandas metálicas colocadas á modo de yugulares, sin desempeñar por eso el oficio de aquéllas. Los cascos de los soldados, aunque de igual forma, diferenciábanse de los de los oficiales por estar contruidos de juncos hábilmente entretejidos, suficientes para resguardar la cabeza de las puntas de las flechas. A excepción del monarca y de sus capitanes, apenas usaron coraza las tropas egipcias, cuya defensa hallábase circunscrita al casco y á su original escudo (fig. 77). El armamento defensivo del Faraón era más completo, puesto que se componía del casco real llamado *khepersh*, que ofrecía distinta estructura, mayor volumen y más elegancia de forma. Componíase de dos

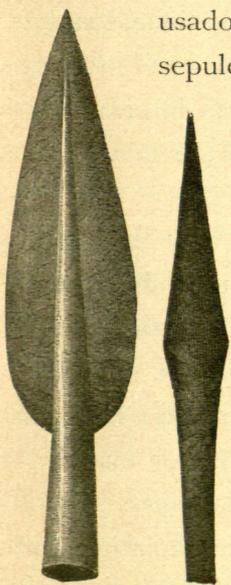


Fig. 74. - Puntas de lanza de bronce

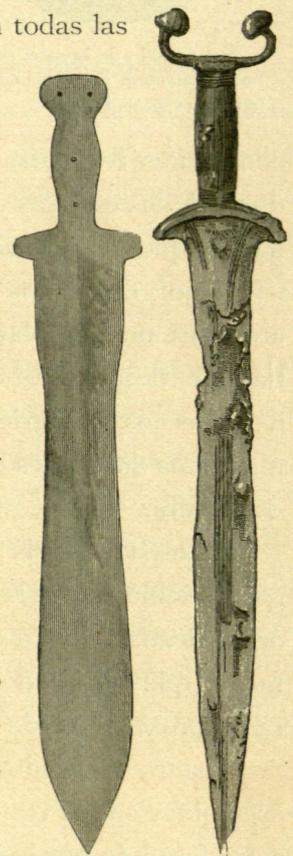


Fig. 73. - Espadas de hierro.-
1: hallada cerca de Kempten, en la falda del monte Rorschus.-2: proviene de las tumbas de Hallstadt, Austria

piezas abombadas, cubiertas de piel de pantera, unidas entre sí formando reborde, prolongándose la posterior sobre la nuca. Hallábase exornado con metales y piedras preciosas y descollaba sobre la frente la serpiente *urea*, como emblema de la realeza, y en el cubrenuca el gavilán sagrado, símbolo del sol, pendiendo además largas bandas de ricas telas. El tronco hallábase protegido por un á modo de camisote de escamas metálicas, cosidas á una tela que se prolongaba hasta las rodillas, usando asimismo coraza, como lo demuestra un ejemplar fabricado con piel de cocodrilo, que se conserva en el Museo Británico.

Las armas ofensivas del guerrero egipcio consistían en espadas cortas y de ancha hoja con empuñadura de madera, hierro ó marfil; puñales exornados de caprichosos dibujos

jeroglíficos; hachas, las más de ellas de bronce negro con adornos dorados; lanza, arco y flechas, en cuyo manejo fueron sumamente diestros.

Completaba su defensa, además del grande escudo, provisto en su parte superior

de un agujero ú orificio para poder distinguir al enemigo sin descubrirse, un ancho brazal, profusamente decorado, siendo el del Faraón de oro

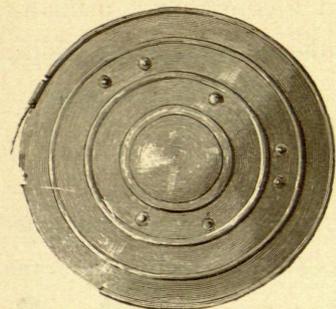


Fig. 75. - Escudo de bronce, reforzado con alambre del mismo metal, hallado cerca de Bingen

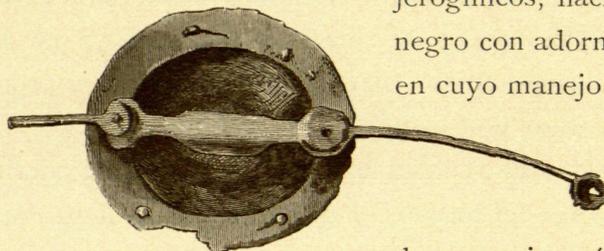


Fig. 76. - Cara interior de un centro de escudo, encontrado cerca de Darmstadt

con figurás relevadas y con á modo de embutidos semejantes al *cloissoné* de los japoneses. Las empuñaduras de las espadas y puñales eran objeto de delicadas labores, al igual que los mangos de madera de las hachas que ostentaban ricas incrustaciones de lapislázuli, cornalina y oro.

Mejor equipados los soldados asirios, llevaban cascos metálicos de bronce y aun de hierro, según atestigua un ejemplar de este último metal que se conserva en el Museo Británico, de forma cónica, puntiagudo, desprovisto de yugulares y cimera. Los reyes llevaban un casco á modo de tiara, exornado con tres cuernos. Posteriormente adicionóse al casco, á juzgar por sus representaciones esculpidas en los monumentos anteriores al cristianismo, la cimera curva, cresta de crines y yugulares, sin variar por eso su estructura.

La espada asiria muestra el grado de adelanto y cultura de aquel pueblo. Mucho más corta que la gala y semejante á la romana, revela por su elegante estructura y por sus labores el progreso que las artes alcanzaron. La empuñadura, si bien desprovista de cruz y guardas, presenta detalles de ornamentación que sorprenden, aun en su sencillez, lo mismo que la vaina, en cuya contera especialmente figuran representados de modo saliente diversos animales, tendidos ó recostados en el sentido de su longitud.

Cuanto al escudo asirio, preciso es recurrir, para conocer su forma, á las representaciones de esta arma esculpidas en los restos de sus monumentos. A juzgar por las líneas que dividen su cara interior, debía estar formado por la íntima unión de varios aros concéntricos, cubiertos exteriormente por una plancha metálica, ó bien por la piel endurecida de algún animal, sujeta por un aro de metal.

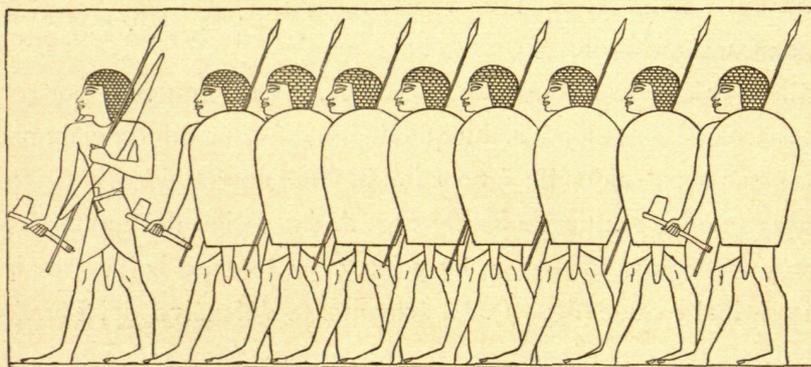


Fig. 77. - Guerreros egipcios del tiempo de Ha'tsheput (Dér el bahari)

Conforme puede deducirse por los bajos relieves de las ruinas de Persépolis, los cascos persas no afectaron la forma puntiaguda de mitra que se observa en los cascos asirios, siendo más bien semiesféricos, coronados por una cresta que forma voluta en la parte superior del capacete y disminuye paulatinamente hasta la posterior para formar otra voluta. Existió otra forma de casco, según lo

evidencia otro bajo relieve del año 560 antes de J. C., cuyo vaciado se conserva en el Museo Británico, con visera levantada y babera de láminas articuladas, acerca de cuya interesante arma llama la atención M. Demmin, observando que este tipo hace presentir el casco laminado del Renacimiento.

Grecia, cuna y emporio de las artes, de la ciencia y de la civilización, cuyos sabios, filósofos y guerreros ilustraron las páginas de la historia é iluminaron con destellos de su inteligencia las tinieblas de la edad antigua, dejó, como todos los grandes pueblos, muestras evidentes de su progreso, señales innegables de su superioridad en todo cuanto podía recordar su existencia, en cuanto pudiera servir para estudiar su grandeza. Pueblo esencialmente artístico, supo imponer el sentimiento que le distinguía, creando un orden, un estilo peculiar, que aplicado á todas las manifestaciones industriales, á todas sus obras, á todas sus construcciones, ha gozado del privilegio de la adopción al legarlos á la posteridad. Culto á la par que emprendedor y guerrero, sus armas ofrecen la conjunción armónica de todas sus creaciones, el resultado de la actividad del artífice, avalorada por el sentimiento estético.

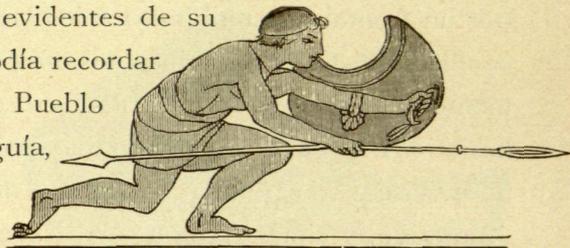


Fig. 78. - Peltasta griego (copia de un vaso)

Verdadero interés ofrece la armadura griega, pues aparte de la que podemos considerar como primitiva, ó sea la en que se representa á Hércules y á los demás héroes en los monumentos del período arcaico, puede considerarse como el modelo de donde se derivaron los adoptados por otros pueblos, con las modificaciones que exigían las épocas y los mayores medios de combatir. Sábese que ya en tiempo de Homero conocíase el modo de trabajar los metales que se aplicaban á las armas, y que se decoraban algunas piezas con ricos y artísticos damasquinados, como el escudo de Aquiles, en cuya obra se unían el oro y la plata con otros metales, que se aplicaban á las armas para producir combinaciones de tonos y completar el buen efecto de la composición.

Distintas formas afectaron las armas usadas por los soldados helenos, según la época y el arma á que pertenecían. Éstas pueden determinarse, ya que presentan caracteres y especial estructura. Según los poetas que cantaron los tiempos heroicos, tenía el ovalado escudo helénico extraordinarias dimensiones, de manera que cubría por completo al combatiente, protegiéndolo de las flechas y dardos lanzados por el enemigo. Si bien es imposible determinar la relación que pudo existir entre las armas ofensivas y las defensivas, es probable que el escudo ofrecería al guerrero griego eficaz amparo, cuando se acomodaba á llevarlo consigo á pesar del peso que ha de suponérsele, dada la extensión de su diámetro. Gradualmente fueron reduciéndose sus dimensiones hasta llegar á las regulares de un metro (fig. 78), decorados en su sentido circular, por follajes de hojas de laurel y olivo, con una serpiente rampante ó la cabeza de Medusa en el centro.

En el primer período histórico distínguense dos tipos de casco, cuya sola denominación determina claramente su nacionalidad, á saber: el beocio y el frigio, que se diferencian uno de otro en que el primero tiene visera para proteger el rostro y el segundo carece de ella. Dos formas ofrece el casco beocio á cual más interesante, que difieren esencialmente en su estructura. Uno, en el que el frontal, el nasal, las yugulares y el cubrenuca constituyen una sola pieza, que cubre por entero la cabeza, dejando en descubierto no más que los ojos, la boca y la barba, coronado probable-

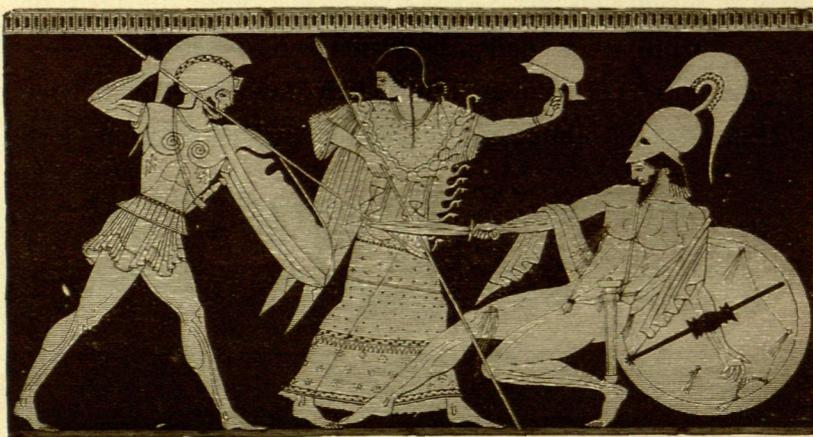


Fig. 79. - Combate de Héctor y Aquiles en presencia de la diosa Minerva (de un vaso griego que se conserva en Munich)

mente por alta cresta. El segundo tipo presenta un cuerpo semiesférico, separado del frontal por un entalle, del que arranca la visera recta, fija, larga y puntiaguda, con dos agujeros dispuestos de manera para dejar vista á los ojos y un saliente para la nariz. Llevábanlo los guerreros levantado de modo que quedase la visera en posición horizontal dejando el rostro en descubierto, bajándola en sentido vertical cuando se disponían á combatir (fig. 79). Por lo que reza al casco frigio, carecía de visera, hallándose sustituida por un frontal que terminaba á los lados en volutas, dejando, por lo tanto, en descubierto el rostro del combatiente. Otros tres tipos nos ofrecen los tiempos históricos de Grecia, que formaron parte del armamento del hoplita y del peltasta, factores esenciales en la famosa falange, rival de la legión y del vélite y hastatio. Figura en primer término, por su mayor antigüedad, el capacete provisto de prolongado cubrenuca, visera triangular remachada á modo de frontal, que sólo puede considerarse como complemento decorativo, y cimera prolongada desde la visera hasta el cubrenuca. Sigue á éste el capacete con larga visera remachada y prolongado cubrenuca, y por último el modelo usado por las tropas escogidas, por los hoplitas, consistente en una gran celada con cubrenuca, grandes yugulares que protegen por completo los lados del rostro y de la cabeza, ya que se unían al cubrenuca. Este es el verdadero casco militar de los tiempos históricos helenos.

Si examinamos las figuras que decoran los vasos antiguos, podremos formarnos exacto juicio del equipo del soldado griego. El casco beocio, con nasal y grandes yugulares fijas, protegiendo por completo el rostro; el escudo circular, convexo, de unos ochenta centímetros de longitud, y las cnémides, componían el número de las armas defensivas de los peones. La circunstancia de hallarse representada la coraza en las figuras decorativas de los vasos griegos, no puede tomarse como antecedente, pues no la utilizaban los hoplitas, y los guerreros figurados por los artistas helenos representan siempre divinidades ó héroes legendarios. A pesar de la variedad de formas con que aparece reproducida la coraza y de los numerosos dibujos que de ella se conservan, no es fácil apreciar con exactitud su general estructura. Construíase de bronce, formada por dos piezas que marcaban las formas del tronco humano, por lo cual se ha creído que las fabricaran algunas veces por medio de un vaciado del natural. Exornábanla con grabados ejecutados con el punzón; abríase sobre uno de sus lados por medio de charnelas, y su abertura superior tenía el diámetro del cuello. Descansaba en la cintura y completaban la defensa algunos cuadrados lambrequines de piel que pendían del borde inferior. Los cnémides, construídos también de bronce, amoldábanse á las piernas del guerrero, á las que se adaptaban sin el auxilio de broche, y sí únicamente por su forma y por la elasticidad del metal. El cinturón, también de bronce y exornado con adornos de piel ó tejidos, completaba el armamento, ciñéndose sobre la coraza por medio de broches ejecutados con gusto y arte.

Así el hoplita como el peltasta manejaban el famoso *amentum*, terrible accesorio de las armas arrojadas, citado con frecuencia por los autores clásicos y conocido y usado asimismo por los romanos y los galos. Consistía en una correa colocada á cierta distancia del centro de gravedad de la lanza y sujeta por los dos primeros dedos de la mano derecha. Al arrojar el arma, se desarrollaba la correa, que hacía el oficio de honda, aumentando la fuerza de impulsión.

La espada, arma propia del soldado griego, era más corta que la de los tiempos medios y modernos,

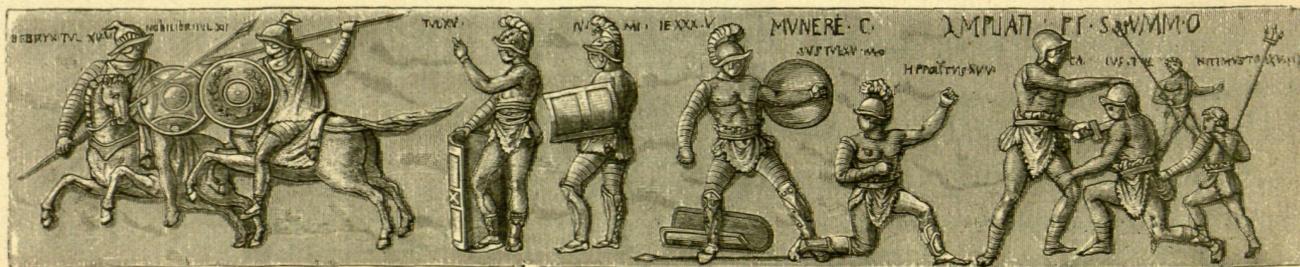


Fig. 80. — Bajo relieve del sepulcro de Escavro, en Pompeya

de ancha hoja, notablemente estrechada en su último tercio, distinguiéndose por su rigidez y consistencia: la guarnición, con pequeño arriaz, y la vaina, rematada por saliente contera, presentaban labores y bonitos trabajos de ornamentación.

El armamento de los peones consistía, además de la espada descrita, en la terrible *sarisa*, arma arrojada; el *parazonium* ó daga, y la lanza ó *contus*. El jinete, por su parte, presentábase armado con dos lanzas cortas, utilizando una de ellas como arma de tiro y la otra como pica, casco beocio, coraza, brazaes y cnémides.

Los etruscos aprovecharon el tipo de la armadura griega, en la que sólo introdujeron ligeras modificaciones. En el arte etrusco obsérvase la influencia de dos corrientes opuestas, de dos conceptos antitéticos: el sello asiático, asirio ó fenicio, y el carácter helénico,

predominando de tal manera la influencia de este pueblo, que en algunos ejemplares de determinadas épocas llega á confundirse la procedencia; tal es la semejanza de formas y la igualdad de su estructura. Así, pues, sólo diferían en el casco el arnés etrusco del arnés griego, cuyas formas, aunque variadísimas, pueden circunscribirse á tres tipos característicos. Un simple capacete, cuya estructura tiene cierta conexión con el casco griego, cónico y algo abombado, unido á una cinta á modo de visera y cubrenuca, por más que no podía desempeñar el oficio de tal, y dos pequeñas escotaduras laterales para alojar la oreja. Otro tipo representa el capacete cónico, unidas sus dos mitades por una arista, adornado con un reborde vuelto hacia arriba, semejante al ala de un sombrero.

Supónese que los romanos en un principio usaron la toga para combatir, que recogían de un modo especial sobre las caderas para que no les estorbara los movimientos, adoptando después las armas defensivas de los etruscos cuando comenzaron sus guerras con aquel pueblo. En los tiempos de Camilo sustituyóse la coraza de dos piezas, que sólo usaron después algunos jefes militares, por otra formada de láminas metálicas que circuían el cuerpo y protegían el tronco y los hombros, llevada por todos los legionarios, designada con el nombre de *lorica segmentata*. Usaron asimismo otra lorica formada por una imbricación de escamas también metálicas, que se adaptaba perfectamente al cuerpo, á juzgar por sus representaciones en algunos bajos relieves. Las *ocreas*, de uso generalizado entre los griegos y etruscos, sólo las usaron en tiempos de la república los *hastati*, los *principes* y los *triarii*,

Fig. 82. - *Pilum*.
Dardo, pica, lanza arrojada

sobre la pierna derecha, que en el combate no cubrían con el escudo, siendo sustituidas en cierto modo, durante el imperio, por botines de cuero, quedando las *ocreas* exclusivamente como piezas integrantes de lo que constituía el armamento de los gladiadores (fig. 80). En tiempo del emperador Trajano, la coraza usada comúnmente por los legionarios constaba de tres partes: el coselete y los dos espaldares. El coselete formábanlo varias láminas de hierro que se sujetaban por medio de broches, unidos fuertemente sobre un colete de piel ó de tejido. Los espaldares estaban formados por cuatro láminas más angostas que las de la coraza, que descansaban sobre ella á modo de tirantes, completando el armamento los lambrequines de correas de cuero. Protegíase el jinete con una coraza flexible, la *squamata*, formada por pequeñas láminas de metal cosidas á un colete de piel ó túnica de tejido recio, y la

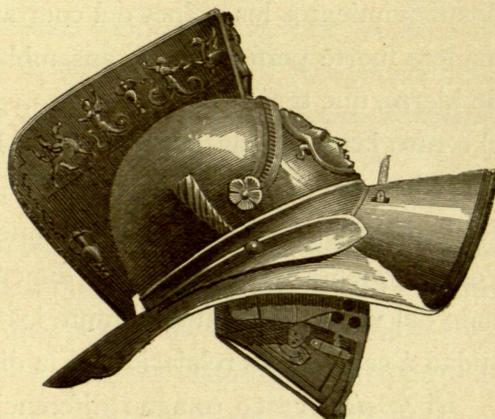


Fig. 81. - Galea ó casco de gladiador

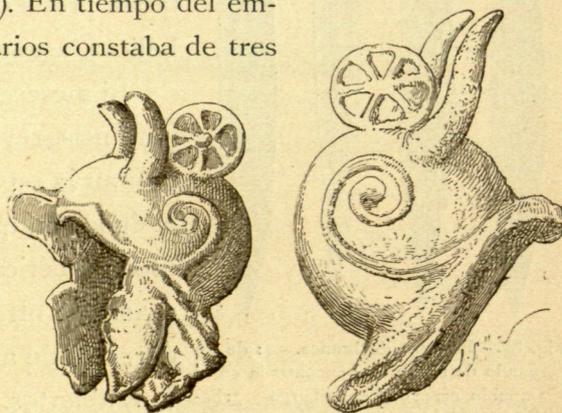


Fig. 83. - Cascos galos

llamada *hamata*, formada por la unión de varios anillos metálicos remachados á modo de cota de malla.

Dos tipos presenta el escudo romano. Uno de forma cuadrangular algo prolongada y muy convexo, con el que se cubría la cabeza el legionario, formando con el de sus compañeros la concha de una tortuga cuando avanzaba compacta la cohorte para verificar un asalto. Su longitud no excedía de la del brazo, precisando gran destreza para parar con rápidos movimientos los golpes del contrario. Componíase de dos planchas de madera fuerte perfectamente ensambladas y reforzadas por dos rebordes de hierro, que tenían por objeto proteger y asegurar el arma, figurando en el centro las insignias de cada legión. El segundo tipo, ó sea el usado por los vélites, era de forma ovalada algo prolongada y menos convexo que el del legionario, variando caprichosamente los motivos de su decoración. Posteriormente redujéronse sus dimensiones, adoptándose el ovalado escudo del vélite, perdiendo durante los últimos años del imperio su uniformidad á causa de la relajación de la disciplina.

El *cassis* ó casco romano diferenciábase del griego y asemejábase al etrusco, con el que guardaba cierta analogía por carecer, como aquél, de visera. Era simplemente un capacete de hierro, provisto de yugulares, que se sujetaban por medio de una correa bajo la barba, y en el que la visera era sustituida por un frontal, produciéndose la cimera por el cruzamiento en la parte superior de dos tiras remachadas que desempeñaban el oficio de piezas de refuerzo. Otro tipo representa el llamado *buccula*, consistente en un capacete semiesférico bordeado de una banda, que se prolongaba hasta la nuca, ceñía la frente y se hallaba provisto de yugulares. El casco de los centuriones asemejábase un tanto al frigio, pues el frontal de uno y otro terminaba en volutas, distinguiéndose además por estar coronado por un penacho sujeto en lo alto del capacete y en el lugar indicado para la cimera. Resta ocuparnos del casco que más interés ofrece de cuantos utilizaron los romanos, cual es la *galea* de los gladiadores, importado por los germanos ó por otros pueblos bárbaros; siendo el modelo más típico y característico, á la vez que el más conocido, aquel que cubría la cabeza por completo y cuya estructura recuerda la de la celada. Tenía elevada cresta; ala ancha como la de un sombrero, que en su parte inferior desempeñaba el oficio de cubrenuca; visera compuesta de cuatro piezas con dos ventallas provistas de goznes, sobre las cuales giraban para abrirse, defendiendo el rostro por completo (fig. 81). Estos cascos estaban profusa y primorosamente decorados con varios motivos ó figuras simbólicas, asuntos mitológicos ó escenas heroicas.

Si merecen estudio las armas protectoras del soldado romano, gran importancia revisten las armas ofensivas por aquél utilizadas, entre las que figuran la espada, cuya forma precisa y exacta no es posible determinar hasta la época en que floreció el gran Escipión, quien adoptó para sus legiones la espada ibérica, de caracteres tan distintivos que no cabe confundirla con la usada por otros pueblos. Llevábase pendiente de una bandolera en el costado derecho: de ancha y corta hoja, formaba su aguda punta un ángulo de lados muy abiertos. El famoso *pilum* (fig. 82), arma arrojadiza y romana por excelencia; el *barazonium* ó daga, y la lanza, que recibía las denominaciones de

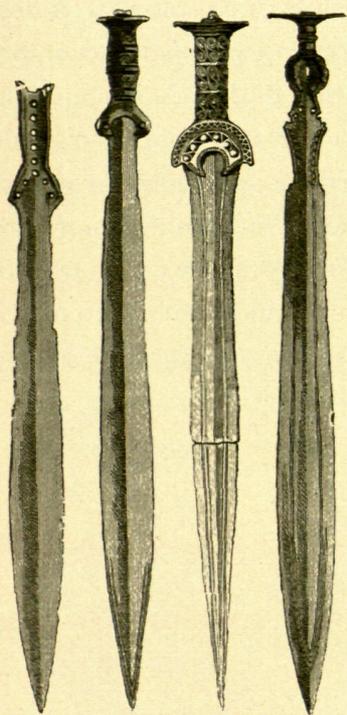


Fig. 85. - Espadas de bronce. - 1: de un túmulo de Hesse. - 2: encontrada en el Danubio, cerca de Regensburg. - 3: hallada en Meklenburgo. - 4: de las cercanías de Worms

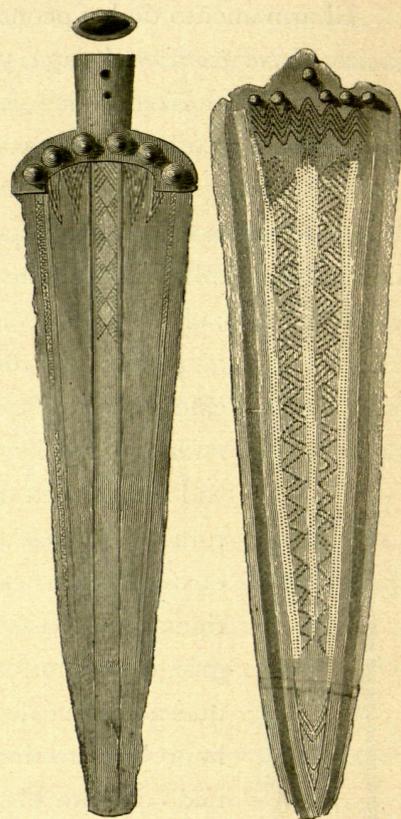


Fig. 84. - Dagas ó puñales de bronce encontrados en el gran ducado de Hesse. La segunda presenta huellas de haber sido plateada

hasta cuando desempeñaba el oficio de tal, *hasta amentata* si se convertía en arma arrojadiza, *hasta ansata* si se hallaba provista de una guarda para proteger la mano, y *hasta velisaris* la lanza corta usada por las tropas ligeras, completaban el armamento de los legionarios.

Los galos construían generalmente sus cascos de bronce, si bien se conservan algunos ejemplares de hierro, dándoles la forma semiesférica-cónica y el aditamento de yugulares. Exornábanlos con caprichosas labores, y completaba su adorno una pequeña rueda radiada, colocada verticalmente, y dos cuernos de cabra ó toro (fig. 83), ó bien dos alas de águila ó halcón. El escudo, de forma hexagonal, construíanlo con mimbres entretejidos, cubriendo toda su superficie con planchas de bronce sólidamente unidas, destacándose en su centro una cabeza de animal rodeada de follajes pintados ó aplicaciones de madera ó metal. La espada gala, de mayor longitud que la romana, distinguíase por la especialísima forma de su ancha y aguda hoja de dos filos (fig. 85) y por ser de bronce el metal de que estaba forjada, como también lo eran las dagas y puñales (fig. 84). Los modelos conservados en los museos ofrecen tipos que no difieren entre sí, puesto que conservan los caracteres distintivos del pueblo galo, que amante de su independencia y nacionalidad, resistióse á sustituir su defectuosa espada, inutilizada en los primeros choques por su deficiente temple, hasta que las frecuentes derrotas y descalabros obligáronle á adoptar el hierro, sustituyéndolo al bronce. La coraza, de bronce ó de hierro, formada por dos piezas y exornada con chatones ó bien constituida por un grosero tejido de mallas, es el arma defensiva más distintiva de las condiciones de aquel pueblo. Esto no obstante, necesario es hacer observar la gran semejanza que existe entre las armas galas y las romanas, efecto, sin duda, de la influencia y superioridad que sobre los pueblos llamados bárbaros ejercieron los romanos como dominadores y representantes de una civilización superior.

TIEMPOS MEDIOS

Difícil empresa es, á contar desde la desaparición del imperio romano hasta los siglos VIII y IX, determinar las armas que en sus combates emplearon los pueblos en sus continuas revueltas y frecuentes luchas. Los siglos que recuerdan días de desolación para los pueblos de Europa, en que las hordas del Norte destruyeron cual asolador torrente las más bellas creaciones de la civilización occidental, convirtiendo en páramos las hermosas campiñas holladas por los cascos de sus fogosos trotones, significan para la panoplia un vacío difícil de llenar. La falta de representaciones gráficas y el escaso número de documentos que se conservan imposibilitan los intentos de reconstruir lo que indudablemente existió. Sin embargo, y sin analizar procesos y evoluciones, debemos salvar esta insondable laguna para detenernos en el siglo VIII, en el que, si bien es cierto que los pueblos que estuvieron sujetos á la dominación romana conservaron, después de rechazados los bárbaros, las tradiciones del pueblo latino, trataron de dar á sus creaciones carácter nacional.

A partir de la invasión hasta el siglo IX es completa la oscuridad, sin que sea posible vislumbrar en las densas tinieblas de aquellos tiempos un rayo de luz que ilumine las investigaciones del arqueólogo. Conmovidos y quebrantados duramente todos los Estados por aquel alud asolador, no pudieron legar á la posteridad monumentos suficientes para que pudieran ser conocidos y estudiados, atentos únicamente á ponerse á salvo de los rigores de la irrupción. La barbarie, con el irresistible poder de la fuerza, apagó los fulgores de aquella civilización, y los pueblos de Europa quedaron envueltos y confundidos en las mismas tinieblas que, á modo de terrorífico azote, traían consigo las huestes de los bárbaros del Norte.

Incompletas son las noticias que tenemos de los visigodos, pues el único testimonio á que podemos recurrir se limita á la pétreo representación de dos guerreros, cuyo alto relieve consérvase en el Museo arqueológico de Sevilla. Ambos visten túnica militar, ampara su cabeza un casco sin cimera, completando

su equipo y armamento las ocreas, espada corta de dos filos, y escudo de grandes dimensiones. Sábese, sin embargo, que los príncipes y los nobles usaban túnica ajustada cubierta de láminas de acero, casco de bronce á modo de bacinete, espada pendiente del talabarte, escudo ovalado, calzones ajustados y borceguíes que cubrían hasta la rodilla.

Los francos son entre los pueblos llamados bárbaros los que mayor interés ofrecen para la panoplia, ya que respecto de los demás sólo existen noticias vagas acerca de las armas que utilizaron en los combates. No se crea, sin embargo, que pueda disponerse de datos precisos, pues los únicos testimonios que pueden reunirse y consultarse, en lo que se refiere al período comprendido entre los siglos v y viii, los ofrecen los autores latinos de aquel tiempo. Esto no obstante, las recientes investigaciones practicadas en los enterramientos merovingios, en los que se han hallado armas y otros objetos usados por aquel pueblo, aclaran las dudas y vaguedades, que de otra manera resultarían á no tener más informes que los consignados en los textos latinos.

En el número de sus armas ofensivas merece citarse singularmente la espada, que ofrece dos tipos: la que por su estructura presenta caracteres de tal, y el *escramasajón*, arma distintiva del guerrero franco, más corta que la espada romana, con la que guarda cierta analogía, de ancha hoja de un solo filo, provista de dos ranuras propias para emponzoñarla. La espada, de mayor longitud que el *escramasajón*, tenía dos filos, ostentando su empuñadura groseras incrustaciones. Debe considerarse como símbolo de mando ó autoridad, y por lo tanto como arma exclusiva de los jefes ó caudillos.

Fué el *angón* otra de sus armas arrojadizas, tan temible como el *pilum* romano, y tal vez su copia ó reproducción, diferenciándose de aquél únicamente por su barbada punta. La longitud del hierro variaba entre 70 centímetros y 1^m, 10, midiendo el asta iguales dimensiones.

La longitud de la lanza *framea* era casi igual á la estatura del guerrero, hallándose la hoja unida á un largo cubo, en el que se adaptaba el asta. La *francisca* ó hacha de guerra tenía un solo filo y quedaba sujeta al mango por medio asimismo de un cubo en el que aquél se sujetaba formando un ángulo recto con la hoja.

El armamento defensivo era tan sencillo cual correspondía al estado de barbarie en que se hallaba aquel pueblo cuando emprendió la conquista de la Galia. El escudo (véanse los grabados números 75 y 76) era de madera recubierta de piel, afectaba la forma circular y hallábase provisto de un umbón muy saliente que, á modo de aplastado cono, abombábase en su base, rematando en un botón. Las planchas de madera que constituían la superficie ó cuerpo del escudo hallábanse sujetas á una armadura de hierro, formada por una banda ó tira del mismo metal, de igual longitud que el diámetro del escudo, cuyos extremos estaban sujetos por medio de remaches á los bordes interiores del umbón, de manera que resultaba una abrazadera que en sus dos extremos dividíase en otras tres barras ó tiras que se bifurcaban en forma de ángulo agudo para terminar en los bordes del escudo, del que se servía el guerrero franco con la mano, esto es, sin embrazarlo, al igual de las rodela usadas en los siglos xiv y xv. Casi desconocido fué para los francos el uso de la coraza, cota de malla y hasta del casco; pues si bien es cierto que los jefes llegaron á proteger su cabeza, en cambio los soldados combatían siempre sin más defensa que la que podía ofrecerles la rapidez de los movimientos protectores del escudo.

Sencillo era el traje y armamento usado por los árabes en el primer período de la conquista. Los jinetes llevaban capacete ó almofar sujeto por un barboquejo ó cadenilla, cubiertos por una larga tela llamada *schasch*, uno de cuyos extremos pendía sobre la espalda, amplia túnica sin mangas, loriga, calzones ajustados y zapatos de cuero. La lanza y la espada fueron sus armas ofensivas. La infantería vestía la *djobba* ó túnica de lana blanca con mangas ajustadas, ceñida á la cintura por una faja, y zapatos de cuero curtido. Sus armas consistieron en capacete de hierro batido, semejante á la primitiva celada aragonesa, desprovisto de cimera y barbote, gran escudo redondo con umbón muy saliente, espada recta de dos

manos ó lanza. Así se representa en el famoso códice del *Apocalipsis* de la catedral de Gerona. Posteriormente, y á medida que se extendieron los dominios de los invasores, fueron embelleciendo sus armas y trajes, adornando aquéllas con delicadas labores, incrustaciones de metales y piedras preciosas y nielados que se labraban en Murcia, Zaragoza, Córdoba y Toledo. Su temple aventajaba al de las tan celebradas armas de Damasco, compitiendo asimismo los admirables damasquinados. De toda esta clase de labores hicieron cumplidísimos elogios en sus respectivas crónicas Al-Maccari, Ibn-Said, Al-Edrisi y otros más. En todo el Al-Andalús existían talleres para la fabricación de armas, celebrados en todo el mundo, mereciendo especial estima las cotas de malla y corazas con incrustaciones de oro. Játiva constituía otro gran centro, pues según afirma Edrisi, fabricábanse armas tan lujosas como bien templadas.

Carlomagno, con su colosal esfuerzo y su espíritu organizador, ilumina las densas tinieblas de aquellos siglos, y sus atrevidas empresas, sus arriesgadas campañas, nos dan á conocer el modo de ser de alguno de los pueblos que combatió, sin cual circunstancia sólo sus nombres serían las pruebas de su existencia, ya que el historiador no podría consignar otros antecedentes. De ahí que sepamos que los sajones usaban igual armamento que los germanos, y que el de los lombardos y aquitanos se asemejara al que utilizaron los romanos. Los cronistas de la famosa derrota del ejército imperial en Roncesvalles describen á los vascos luchando cuerpo á cuerpo con los soldados y los leudos, acometiéndolos con sus lanzas y espadas, ó bien disparando desde los riscos las flechas de sus arcos ó arrojando desde las cimas de las montañas que dominaban el desfiladero grandes piedras que, después de rebotar de roca en roca con pavoroso estruendo, aplastaban á los jinetes y sus cabalgaduras y á la compacta masa de los peones.

En los maltrechos monumentos y en los códices de aquella época hállanse representadas las dos clases de combatientes que constituían el numeroso ejército con cuyo auxilio acometió Carlomagno sus grandes empresas. Estos eran el leudo, ó sea el verdadero soldado, y las tropas reclutadas en determinadas ocasiones, formadas de elementos heterogéneos. Unos y otros hallábanse armados de lanza, espada y hacha, semejantes á las de los francos, llevando los leudos como armamento defensivo la *lorica*, verdadera cota de malla, ó la *brunia*, especie de colete al que se hallaban cosidas varias planchas ó láminas metálicas. La mayoría de los combatientes, al igual de sus belicosos predecesores, llevaban la cabeza desnuda, distinguiéndose únicamente los grandes señores por llevar cascos de cuero, separándose también de las tradiciones de los francos; pues así como aquéllos combatían á pie, siendo escaso el número de jinetes, figuran ya grandes masas de caballería en los ejércitos del grande emperador.

La falta de antecedentes precisos dificulta en gran manera el estudio de la panoplia durante los primeros siglos de los tiempos medios; esto no obstante, los mutilados restos de los escasos ejemplares que han llegado hasta nosotros y sus pétreas representaciones permiten, aunque defectuosamente, reconstruir el armamento usado por los ejércitos desde el siglo IX al XI, ya que á este siglo corresponde la famosa tapicería de Bayeux tejida en 1066, en la que se reproduce con gran copia de pormenores el equipo y armamento del hombre de guerra de la undécima centuria.

Entre las armas ofensivas figuran en aquel período los agudos cuchillos y puñales de diez á quince centímetros de longitud, que se llevaban suspendidos del ancho cinturón por medio de una correhuela ce-

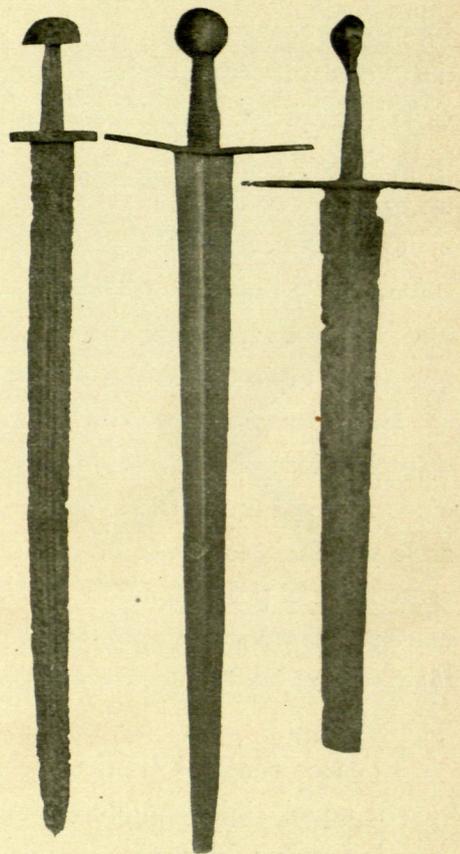


Fig. 86. - Espadas de los siglos IX y XII
(Museo-armería Estruch, Barcelona)

rrada con un botón de bronce á modo de sencillo tahallí. Esta clase de armas tenían varias aplicaciones ó usos, ya que servían como instrumento de ataque ó defensa, ó bien para cortar la carne y las diversas viandas. La espada distínguese por lo ancho de su hoja, grueso pomo y pequeña y robusta cruz, á modo de arriaz, cuyos brazos fueron prolongándose á medida que los años transcurrieron hasta llegar á los siglos XII y XIII, en que afecta la típica forma distintiva del período gótico (fig. 86).

La estructura general del casco, arma defensiva por excelencia, fué la del capacete semiesférico ó cónico con reborde suelto por detrás á modo de cubrenuca, á semejanza de los usados por los pueblos bárbaros en las anteriores centurias. Contra la mayor defensa que ofrecen los tipos beocios y la *galea* romana, prevaleció en la forma la tradición europea y occidental, conforme lo patentiza el casco cónico del siglo VIII, que se ajustaba sobre un capuchón de malla. En nuestra patria usóse también el capacete de hierro superpuesto á la malla en el momento de entrar en función de guerra, según puede apreciarse en un bajo relieve del Monasterio de Santo Domingo de Silos.

Caracteres especiales presentan también las armas del siguiente siglo. Los cuchillos afectan ya en su estructura la forma de puñales ó dagas, de recia y prolongada hoja, siendo asimismo la de cruz la espada tipo, de ancha hoja y toscas labores en su casi lisa empuñadura, distintiva por su aplanado pomo. A juzgar por la tapicería de Bayeux ya citada, el arco y la lanza lisa completaban el armamento ofensivo.

Entre las piezas protectoras merece especial mención el escudo, que se prolongó considerablemente, estrechándose en su parte inferior hasta terminar en punta. Un umbón saliente, del que partían cuatro ó cinco radios á modo de rayos, constituían sus motivos de decoración. Tenía dos abrazaderas para embrazarlo y manejarlo con el brazo ó la mano, según las contingencias del combate, y una larga correa que, cruzada en el pecho á modo de bandolera, lo sujetaba para llevarlo pendiente de la espalda durante las marchas. Entonces empezaron á figurarse en los escudos determinados emblemas, que no pueden confundirse con los blasones nobiliarios, ya que respondían únicamente al deseo de dar á conocer la personalidad.

El casco cónico ó elíptico, de ancho nasal y cubrenuca unida á la cota de malla, es el tipo característico de aquel siglo, conjeturándose por algunos arqueólogos que los cascos de esta clase eran de cobre cuando estaban fabricados de una sola pieza, y de hierro, con reborde de cobre, cuando se componían de varias. Esta forma debió ser la generalmente adoptada por los Estados meridionales de Europa, pues en cuanto á España se refiere, hállase representado este tipo en el códice titulado de los *Testamentos*, que se conserva en la catedral de Oviedo.

El armamento y equipo del hombre de armas durante la duodécima centuria consistía en una larga túnica de piel ó tejido, de manga corta y ancho capuchón que descendía hasta las rodillas, en la que se hallaban fuertemente cosidas varias planchas ó láminas metálicas que afectaban diversas formas, ó bien anillos de hierro colocados por hileras y cabalgando en parte unos sobre otros, á fin de ofrecer mayor amparo ó defensa, aplicándose asimismo este procedimiento á las calzas ó bragas. Entiéndase, sin embargo, que la aplicación de los férreos anillos á los vestidos del guerrero no debe considerarse como el principio ó rudimento de la verdadera cota de malla, puesto que en opinión de varios ilustres arqueólogos su introducción y uso en Europa se debe á los cruzados, que conocieron y adoptaron en Oriente este armamento defensivo.

Redujéronse de nuevo las dimensiones del escudo, conservando, no obstante, íntegramente la forma característica del siglo anterior. A pie, llevábase suspendido del costado izquierdo por medio de una correa, de manera que cubría el muslo del mismo lado desde la cintura hasta la rodilla, y por lo tanto, la mitad superior de la espada. Otras veces suspendíase del cinto, en cuya posición, si bien defendía el vientre, imposibilitaba los movimientos. El jinete llevábalo ordinariamente pendiente del arzón de la silla, colocándolo sobre el pecho, sujeto por una correa, cuando se aprestaba al combate, de manera que le pro-

teoría sin imposibilitar la acción de la mano izquierda para manejar las bridas.

El casco sufrió una completa transformación. El capacete sencillo ó con el aditamento de nasal, cubrenuca y yugulares, convirtiéndose en yelmo, arma esencialmente defensiva y amparo eficaz del rostro y cabeza del combatiente. El yelmo representa en los tiempos medios el tipo más perfecto de la armadura defensiva de la cabeza. En su origen afectaba la forma completamente cilíndrica con la parte superior plana, la visera inmóvil y unida al casco, con pequeños agujeros ó ranuras horizontales para la vista, cubriendo toda la cabeza del hombre de armas. Perfeccionóse después, procurando que su forma permitiera que descansase sobre los hombros, con el fin de que no oprimiera ni tocara ningún lado de la cabeza y fuese posible moverla con desahogo, librándola del peso del capacete. Al principio construyéronse acampanados, cubriéndose el guerrero con una *cofia* ó birrete acolchado para impedir que descansara directamente sobre el cráneo; mas los inconvenientes y peligros que ofrecía su falsa posición fueron causa para que se proscibiera la forma de campana.

Durante el siglo XIII continuó considerándose la espada como la primera y la más noble de las armas ofensivas. La empuñadura se hallaba rematada por el pomo, al que se llamaba manzana, y limitada por la cruz; construyéndose en nuestra patria espadas tan excelentes que sirvieron para crear reputación y nombradía á algunos artífices, entre ellos á los maestros espaderos Dionis y Galán, cuyos nombres han pasado á la posteridad. Como arma casi exclusiva de la nobleza y aun del brazo eclesiástico, era objeto también de lujo y ostentación, fabricándose algunas de tan alto precio (fig. 87), profusamente exornadas, que podía considerárselas como verdaderas alhajas. Usóse también en aquella época el alfanje, adoptado por los moros; el estoque, propio de los franceses, espada fina y prolongada que introdujeron los mercenarios en nuestra patria, y el *glavi* de los catalanes. La verdadera espada de esta centuria distínguese por tener más longitud que la del siglo anterior, si bien de análoga anchura, terminando la guarnición en pomo achatado, en el que generalmente solían esmaltarse los blasones del poseedor.

La artillería, que apareció ya en el siglo anterior, aplicóse con ventaja en esta centuria, utilizándose los *truenos* y *otras maquinas* en los sitios de Requena, Mallorca, Burriana, Córdoba, Gibraltar y Alicante.

Las primeras piezas de que se tiene noticia, las *lombardas*, hallábanse constituidas por varias barras de hierro forjado, unidas de manera que formaban un tubo cilíndrico sujeto por medio de aros, asimismo forjados, que lo cubrían en toda su longitud, y sobre la unión de éstos otros de menor tamaño, dotados con grandes argollas para facilitar su manejo y sujeción á la cureña por medio de cuerdas. Sus dimensiones y peso hacían difícil y costoso su manejo y transporte.

Al yelmo acampanado, que ya hemos descrito, siguió el cilíndrico, distintivo de esta centuria, con la parte superior abombada ó convexa, provisto de aberturas horizontales divididas por la faja del nasal, denominadas *vista*, y debajo de ella varios agujeros para permitir la respiración. Su poca altura hacía necesaria la capellina de malla, especie de capuchón, ya que sin este amparo hubiera quedado el cuello descubierto. A mediados de este siglo adoptáronse los yelmos compuestos de dos piezas unidas por medio

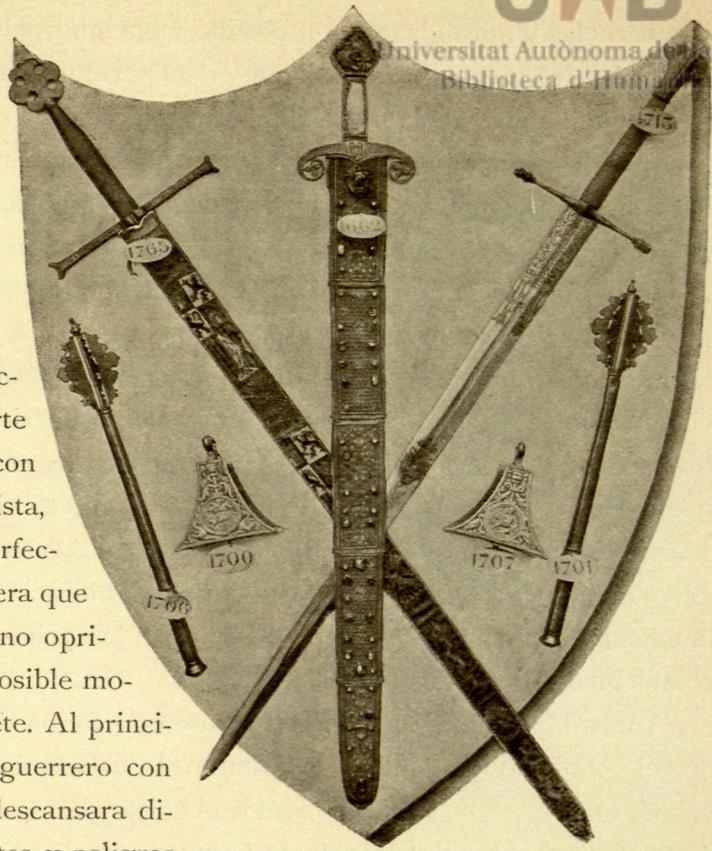


Fig. 87. - Montante de D. Fernando el Católico, siglo xv. - Espada del siglo XIII. - Mandoble de Carlos V, siglo XVI. - Mazas de armas barreadas, siglo XVI. - Estribos de Carlos V, chaapeados de oro (Armería Real de Madrid)

de charnelas y ajustadas por un pestillo, cuya innovación revela un notable progreso, pues además de presentar la visera una sección saliente en su parte media que determinaba mayor diámetro que la inferior, permitiendo mayor holgura, facilitaba su colocación. Los artífices de aquel tiempo hallaron ocasión de dar muestra de su habilidad y arte embelleciendo los yelmos con pinturas y dorados, ó bien enriqueciéndolos con incrustaciones de piedras preciosas, según puede deducirse de sus representaciones en algunos códices, únicos testimonios á que es posible recurrir.

La facilidad con que las pesadas mazas quebraban la plancha metálica plana que cubría la parte superior del yelmo, obligó á los armeros, para evitar este verdadero peligro, á adoptar definitivamente la forma cónica, aunque de poca altura. Entonces inicióse la costumbre de exornar los cascos con levantadas cimera, que afectaban la forma de figuras emblemáticas construídas de cartón, madera, pergamino ó cobre relevado, usados únicamente en los torneos, de cuya innovación es fehaciente testimonio, por más que corresponda á los primeros años de la siguiente centuria, la cimera de pergamino del yelmo de don Martín de Aragón, que se conserva en la Real Armería de Madrid. Esta nueva forma de los yelmos fué adoptada por la heráldica, asignándole su significación, de manera que en los escudos de armas correspondientes al final del siglo XIII obsérvanse los yelmos con cimera simbólicas superpuestas á modo de complemento de sus emblemas.

Antes de terminar el siglo XIII ideóse otra forma de casco, el almete, que á pesar de ser más liviano que el yelmo, cubría también por entero la cabeza del hombre de armas. No por eso dejó de usarse el yelmo, que conservó su forma ovóidea-cónica y la inamovilidad de las piezas que lo constituían, ofreciendo la particularidad de restablecer la estructura del tipo primitivo. Dos formas ofrece el almete de esta época, distinguiéndose una de ellas por tener la vista practicada en una pieza que se ajusta sobre el casco, y la otra por estar constituída de un á modo de bacinete colocado sobre el capuchón de malla, y con visera movable, en la que se hallaba practicada la vista. Cuanto á los peones, protegían su cabeza con el capacete de hierro unido á la cota de malla, de manera que el férreo tejido protegía la nuca y los lados del rostro, y el capacete la región craneana.

A excepción de las variantes de que hacemos mérito, difiere poco el armamento defensivo usado en este siglo del que utilizaron los hombres de guerra de la anterior centuria. Esto no obstante, comprendióse la necesidad de aligerarlo y prestar al hombre de guerra mayor amparo, adoptándose la cota de malla, que en unión de las demás piezas del arnés fué celebrada por los cronistas contemporáneos. Completóse la armadura, ya que se atendió á la defensa de todas las partes del cuerpo, poniendo tal cuidado los artífices en la íntima unión de las mallas, que era difícil hallar un punto vulnerable.

La armadura completa de malla continuó usándose hasta el último tercio del siglo XIII y principio del siguiente, en que el arnés sufrió, por la aplicación de las placas ó láminas de hierro, una nueva transformación. Esto no obstante, y como quiera que la malla constituyó un importantísimo elemento de defensa, creemos pertinente hacer algunas indicaciones estudiándola, bien sea someramente, bajo todos los aspectos que ofrece. Usáronse dos clases de malla; la que pudiéramos llamar sencilla y la doble. La primera construíasse uniendo los dos extremos del anillo, enrojecidos en la fragua, por medio de un martillazo que los aplastaba, en el que se hacía un taladro para el remache que debía servir de punto de unión con otro anillo, siendo cuatro los que se remachaban con el primero en la doble malla. El tejido y la forma de los anillos variaba, según fuese más ó menos fina y rica la labor, resultando de ahí su mayor ó menor flexibilidad. Su peso variaba de diez á doce kilogramos.

A contar del siglo XIV los hombres de guerra llevaron pendiente del cinto, en el costado derecho, guardando simetría con la espada, la daga ó puñal de *misericordia*. Los infantes solían llevar cuchillos de ancha hoja, de los que se servían para herir á los caballos en el pecho y vientre, desmontando al jinete y procurando introducir el arma por entre las piezas de la armadura para acabar con el enemigo.

Escasa diferencia ofrece la espada de este siglo de la del anterior, ya que sólo se distingue por su mayor riqueza y dimensiones, así en la guarnición como en la vaina y tahalí, exornados con escudos, chatones, incrustaciones y esmaltes (fig. 87). Usáronse también los *mandobles* y *estoques*, cuyo manejo exigía especial destreza, y que al igual de la espada tipo, ornamentábanse con varias labores, empleando los artífices diversos y ricos metales.

El escudo, la más antigua de las armas defensivas, fué objeto de diversas transformaciones en cada país, recibiendo simultáneamente el nombre de broquel. Distínguese el tipo alemán por ser completamente cuadrado y por la escotadura que presentaba en uno de sus ángulos, dispuesta para ajustar en ella la lanza. Construíase de madera liviana, pero dura, cubierta de piel de ante ó baldés, aplicándose en el centro un umbón de metal ó de pasta endurecida, exornado con relieves ó simplemente pintado. A este modelo hay que agregar el *pavés* ó escudo de *tabla* ó *taulero* (figura 88), que cubría por completo el cuerpo del combatiente. Embrazábase por medio de sus *braceras* y suspendíase del cuello con el auxilio de una correa llamada *tiracol*. Usáronse también otros de marfil para gala, con emblemas pintados, orlados de *acero* ó *plata*, con *cruz de oro*. Alternaban con el escudo las *adargas*, oriundas de los árabes, y las *tablachinas* ó escudetes de tabla. En Cataluña y Aragón empleóse el escudo ó *escut*, ya de metal bruñido, exornado con ciertos emblemas, ó bien pintado y blasonado; siendo lícito suponer que los usados por los príncipes y magnates descollaron por su riqueza. Entre la variedad de tipos que nos ofrece aquella centuria hemos de citar singularmente la adarga, de origen morisco, conforme hemos dicho, de forma acorazonada, ó bien constituída por dos óvalos unidos (fig. 89), decorada con labores y borlones. Arma de poco peso y fácil de doblarse y arrollarse, fué pronto adoptada por las huestes peninsulares, que pudieron apreciar las ventajas que ofrecía en los combates.

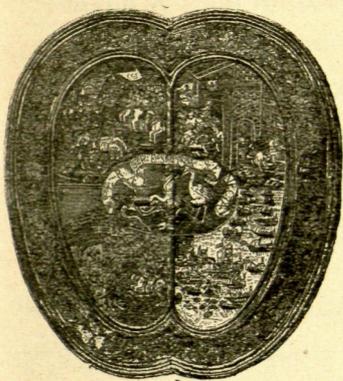


Fig. 89. — Adarga de Felipe II
(Armería Real de Madrid)

El yelmo prolongóse por detrás siguiendo los rebordes de la curva que describe la espalda, en donde se sujetaba por medio de una correa y una hebilla que iba unida á la cota, con el fin de darle mayor sujeción, si bien tenía el inconveniente de obligar al caballero á inclinarse desde la cintura cuando quería bajar la cabeza. Los italianos, en el deseo de atenuar la intensidad de los golpes de las mazas, ceñían el yelmo con un aro de hierro, que luego fué sustituido por una faja circular, prendiéndose de ella poco después el velo, que consistía en un trozo de tela destinada á parar las estocadas. El lambrequín, constituído por la misma tela cuyos bordes terminaban en varios picos, reemplazó al velo, prendiéndose del punto de arranque de la cimera. Los franceses adoptaron el tipo denominado cabeza de sapo por la extravagancia de su forma, empleando los ingleses y alemanes los grandes yelmos de cuero acolchado, de muy poco peso.

Las excesivas dimensiones del yelmo determinaron su relegación, destinándosele exclusivamente para las fiestas y torneos, dando con ello lugar á que los armeros y hombres de guerra produjeran el *bacinete*, que si bien no ofrecía un amparo tan completo, tenía sobre aquél la ventaja de no entorpecer los

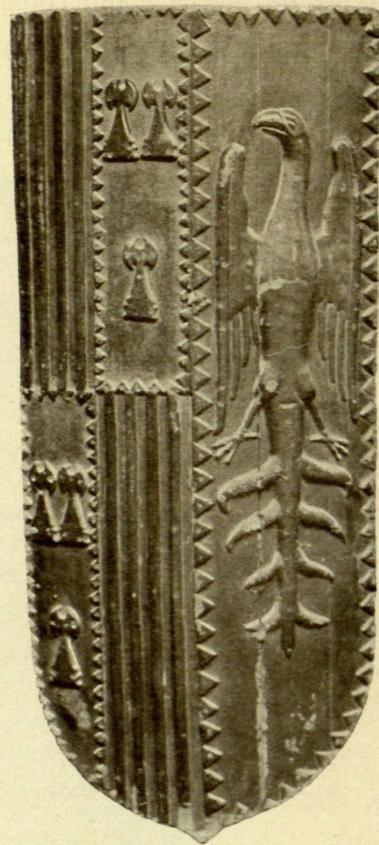


Fig. 88. — Pavés del siglo xv, de la ilustre casa de Rocaberti (Museo-armería Estruch, de Barcelona)

parte inferior y el frontal. Existía también la celada descubierta, formada por el casco de una sola pieza que dejaba libre el rostro, provista de cumplido cubrenuca.

Al comenzar esta centuria empezaron los hombres de guerra á reforzar el traje de mallas con algunas piezas de hierro, como codales, guanteletes, guardabrazos, rodilleras y escarpes ó zapatos ferrados, cubriendo después las piernas y brazos con brazales, escarcelas ó quijotes, grebas y canilleras, dejando el cuerpo resguardado con la cota de malla, y con ella todos los puntos vulnerables que podían dejar las junturas de las diversas piezas, hasta que apareció la coraza abombada, que en su origen tenía el espaldar

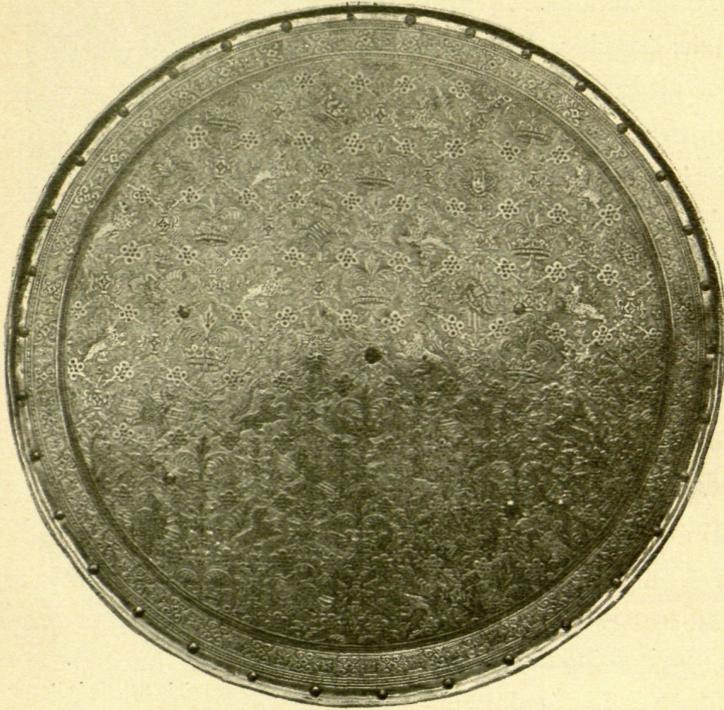


Fig 90.-Rodela grabada de Gonzalo de Córdoba, siglo xv (Armería Real de Madrid)

partido, unido al peto por medio de goznes, cerrándose por detrás. Mas para llegar á esta transformación fué preciso que se operaran paulatinas modificaciones, así en la armadura como en el traje. Dos tipos nos ofrecen las viñetas de algunos manuscritos y las estatuas yacentes de la época, que pueden considerarse como el armamento defensivo anterior y precursor de la armadura de platas. Consiste la primera en una túnica corta, sin mangas, ajustada al tronco y holgada desde la cintura, cubriendo la cota, que se halla reforzada en la parte anterior del brazo por láminas ó placas de acero, así como dos pequeños discos ó rodela en la articulación del codo ó del brazo. Los muslos hallanse defendidos por quijotes de acero, exornados con chatones relevados, pintados ó dorados, que se prolongaban hasta la rodilla, colocándose sobre ella otra pieza asimismo de acero, sujeta también por medio de correas y hebillas en la corva. El segundo modelo á que nos referimos componíase igualmente de camisote de malla, provisto de brazales, quijotes formados por varias placas ó láminas de acero movibles, grebas y canilleras. Hay que advertir, sin embargo, que el armamento defensivo no se ajustaba comúnmente á reglas de uniformidad, debiendo considerarse los dos tipos que citamos como los más usados entre la gente de guerra de la época á que nos referimos.

A mediados del siglo, y como consecuencia de las ventajas alcanzadas por los arqueros, dividiéronse los ejércitos en dos campos completamente distintos, infantería y caballería. Al peto usado por los jinetes agregóse una pieza para apoyar la lanza, el *ristre*, y la armadura perdió su uniformidad, ya que se cuidó de aumentar la defensa del lado derecho, creciendo á este fin las dimensiones de los codales y de algunas piezas; el espaldar dividióse en dos partes, abombóse más el peto, reforzóse la collareta, extremóse la punta de los escarpes, según la moda de la época, de manera que para andar era preciso levantar las primeras articulaciones, y la malla suplía la defensa de las partes que quedaban al descubierto entre las escarcelas y musleras, entre éstas y las grebas y los escarpes.

En la décimaquinta centuria suspendióse ya el puñal del cinturón, llevándolo con la guarnición un tanto inclinada hacia adelante y la punta levantada. Los tipos vulgares fueron desapareciendo, y los armeros fabricaban delicadísimas hojas, á las que hábiles artífices adaptaban primorosas guarniciones de asta ó marfil, rematadas con pomos de acero admirablemente trabajados. Preciso es tener en cuenta que las armas ofensivas alcanzaron en aquel siglo gran perfección, ya que los armeros trabajaban en frío el hierro de las armaduras, forjaban las láminas de acero y labraban las guardas de las espadas y dagas con una habilidad y arte que no han logrado imitar los forjadores modernos. Todas las armas de aquella época

recomiéndanse por la belleza de la forma, simple, pero de extrema elegancia, demostrando el buen gusto de aquellos artífices que tanto partido supieron lograr de la línea. Sin embargo, preciso es consignar que hasta la siguiente centuria no se produjeron en las armas esos maravillosos trabajos de grabado, nielado,

cincelado, damasquinado y relevado, que aún sorprenden, considerándolos como obras maestras. Y á tanto extremo llegó en el siglo xv la habilidad é ingenio de artífices y artistas y la ostentación y fausto de los magnates, que

las armaduras y armas de algunos señores, exornadas con metales y piedras preciosas, representaban una fortuna, quizás el resultado de algunos años de constante labor á sus vasallos.

Como muestra de la sorprendente habilidad de los armeros árabes, haremos mención singularísima de la espada atribuída á Boabdil, el último rey granadino, que posee, junto con el traje que vistió aquel infortunado monarca, el Sr. Marqués de Villaseca. El pomo y la empuñadura son de oro macizo, esmaltado de azul, blanco y rojo, y el eje de marfil esculturado con extraordinario primor. Figuran en la guarnición varias inscripciones en caracteres cúficos. Es una obra maestra de inestimable va-

lor, pues al histórico agrégase el de su riqueza y extraordinario mérito.

Aparte de esta riqueza de ornamentación, poco difieren en su estructura las espadas, lanzas y rodelas (fig. 90) de este siglo de las usadas en el anterior. No sucede así con el casco, puesto que el yelmo, que tan poca aceptación obtuvo en nuestro país, fué sustituido por el *almete*, que sobre ser más cómodo, ofrecía la ventaja de no descansar su peso sobre la cabeza, encajando en la collareta, y permitía libremente la vista sin dificultar la respiración. Los tipos más perfectos corresponden á mediados de la centuria, que aunque desprovistos de ornamentación, adaptábanse perfectamente á la cabeza y al cuello, á cuya forma procuraban los armeros se ajustase. Al finalizar el siglo comenzaron los artífices á decorar los almetes con ricas labores, ejecutando admirables trabajos grabados y damasquinados.

Los infantes continuaron usando el bacinete, y si bien la celada fué el casco propio de los arqueros y ballesteros, lleváronle también en las funciones de guerra los príncipes y magnates, á quienes pertenecieron probablemente los magníficos ejemplares dorados y enriquecidos con bellas ornamentaciones, que se conservan en algunos museos y colecciones (fig. 91).

El *baúl de torneo*, denominado en Francia *pot de fer*, ó sea olla de hierro, corresponde á esta centuria. Un curioso ejemplar de este tipo existe en la Real Armería, atribuído á Fernando el Católico. Distinguese por su abultado capacete y por tener una abertura horizontal delante de la calva á modo de *vista*, otra semicircular en la parte inferior que desempeñaba el oficio de ventalla, y además un apéndice ó charnela dorada, con agujeros para asegurarla al peto, en el que existían varios clavos para afianzarla á voluntad, correspondiendo esta particularidad y la situación de la *vista* con la posición que debía guardar el caballero en el torneo: empinado sobre los estribos y con el cuerpo inclinado hacia adelante, descansaba el yelmo sobre los hombros, y la posición inclinada le permitía mirar por encima de la visera y notar el punto vulnerable del contrario.

Cuanto á las armaduras, es la de platas, llamada gótica (figs. 92 y 93), el tipo más perfecto. Constaba de celada, gorguera, coraza, guardabrazos, brazales, codales,

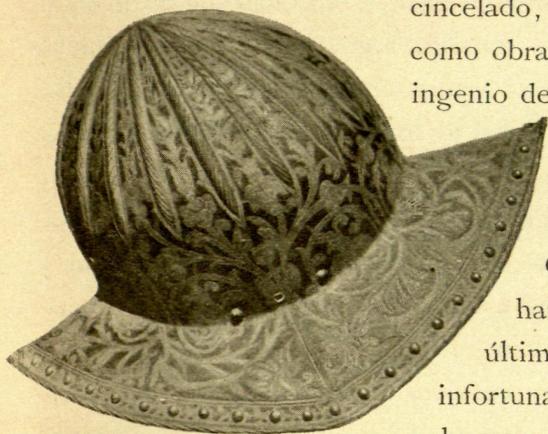


Fig. 91. - Bacinete pavonado y dorado, de D. Fernando el Católico, siglo xv (Armería Real de Madrid)



Fig. 92. - Armadura del siglo xv (Museo Armería Estruch, de Barcelona)

manoplas, escarcelas, formadas, como los guardabrazos, por varias láminas metálicas para no dificultar los movimientos; quijotes, rodilleras, grebas y escarpes puntiagudos, formados también de varias láminas para no entorpecer el juego del pie. Los petos componíanse generalmente de dos piezas, siendo la inferior una especie de medio peto terminado en punta. Usóse también la brigantina, que era una especie de coraza formada de launas pequeñas, sobrepuestas á modo de escamas y clavadas á una cota fuerte por medio de roblones. Llamósele también jaco lorigado. Algunas brigantinas montábanse en terciopelo de seda, armándose con ellas los ricos y los patricios para precaverse del puñal de los malandrines y de la gente



Fig. 93. — Armadura del siglo xv (Museo-armería Estruch, de Barcelona)

de hampa. Más liviana que el coselete, tenía sobre aquél la ventaja de preservar más eficazmente que la malla. Cubría completamente el pecho y espalda, las caderas y á veces los brazos, y se atacaba por medio de botones ó hebillas. Forrábanse interiormente de piel ó tela fuerte, y de terciopelo ó de recia seda la parte exterior, colocándose las launas ó láminas metálicas entre ambas telas, cuyos roblones sobresalían en forma de cabeza de clavo. Aunque en Francia y España generalizóse el uso de la brigantina, tuvo Italia el monopolio de la fabricación, y con especialidad Milán, en donde residieron los más hábiles armeros brigantineros.

Aunque son muy escasas las armaduras de este siglo que ostentan labores como elementos de decoración, creemos oportuno consignar que á mediados de esta centuria descubrióse el procedimiento de grabar el hierro por medio del ácido nítrico, si bien los delicados y elegantes trabajos de ornamentación ejecutados en las armaduras, ya con el buril ó el agua fuerte, no empezaron á practicarse con éxito y verdadero lucimiento hasta la primera mitad del siglo xvi, adquiriendo en su último tercio su mayor grado de riqueza y de buen gusto.

Adicionóse á la lanza el *ristre*, sobre el que descansaba el asta, y ésta, más pesada ya, fué dotada á su vez de empuñadura y cuento á modo de contrapeso. Empleóse también la *pica*, el *bordón*, la *alabarda*, oriunda de Suiza, que participa del hacha y de la lanza; la *guisarma*, arma propia de los arqueros; la *partesana*, semejante á la alabarda, aunque desprovista del hacha; la *hoz de guerra*, el *tridente*, el *cuchillo de guerra*, el *corsesque*, propio de la infantería italiana. La *maza de armas*, ya en forma *ferrada*, *plomada* ó *barreada*; el *látigo* y *martillo de guerra*, y las *hachas* completan el número de las armas llamadas de asta durante la décimaquinta centuria.

Las armas de tiro fueron asimismo objeto de modificaciones y perfeccionamientos, embelleciendo las ballestas con artísticas incrustaciones, dotándolas de piezas auxiliares que hacían más fácil su manejo y más eficaz su acción.

Las de fuego experimentaron notables progresos. A mediados de la centuria descubrióse la *espingarda*, utilizada con ventaja, que debe considerarse, en cierto modo, como la transición entre la culebrina y la escopeta. Proveyóse de montajes á los cañones y empezó para las armas de fuego el período de su aplicación en los campos de batalla.

Al terminar el siglo xv había empezado ya para las artes é industrias el luminoso período de la depuración del buen gusto, y los artífices y maestros armeros empezaron á dar muestra de su empeño en ocultar los mortíferos efectos de las piezas que labraban por medio de la profusión de delicadas cuanto ricas labores.



Gorjal de hierro con relieves de plata sobre fondo dorado, representando la toma de San Quintín, perteneciente á Felipe II

SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

Al llegar el siglo XVI, la influencia del Renacimiento determinó una completa transformación en el decorado y embellecimiento de las armas, de tal manera, que el trabajo esencialmente artístico se antepuso á la riqueza de los materiales empleados en la fabricación. De ahí que los ejemplares de aquel glorioso período tengan mayor estima que los del anterior. El hierro y el acero sirvieron para producir con ellos admirables labores, ejecutadas con exquisita habilidad y delicadeza, como resultado de un concepto grande y elevado, cual lo es el del verdadero arte que se observa hasta en el pequeño detalle, en el motivo más insignificante.

La décimasexta centuria significa para las armas una era de innovación. La pagana pompa que en todas las artes, así bellas como industriales, introdujo el nuevo estilo y el predominio de lo bello sobre lo fuerte; la afición que se manifestó entonces á los placeres de la paz y de la cultura, que antes era punto de honra abominar; el adelanto que por estas causas hubo de notarse presto en artistas, artífices y artesanos, y la aplicación, por último, de las armas de fuego, fueron motivo para que prevalecieran en las campañas la estrategia sobre el valor, y que se aligeraran las armaduras, reduciendo sus partes, y surgieran de aquel movimiento transformativo, por lo que á la ponoplia se refiere, bellísimos ejemplares de armas y armaduras, verdaderas manifestaciones artístico-industriales.

La sobriedad de líneas y las férreas masas que presentaban las piezas defensivas y ofensivas desprovistas de ornamentación, propias de las pasadas centurias, ofrecieron en este período ancho campo á la inventiva y

Fig. 94. — Espada y tarja de Francisco I, siglo XVI (Armería Real de Madrid)

al ingenio de los artistas, que estimulados por el ostentoso fausto de la nobleza, produjeron maravillas de ejecución. A tal punto extremóse el gusto y la riqueza, que no titubeamos en afirmar, al recordar algunos tipos notabilísimos, que se llegó hasta la exageración y la ruina. A la simplicidad de líneas sucedió la elegancia y la esbeltez de la forma, así como las estrías y todos los elementos que sirvieron de base á los artistas para determinar el portentoso estilo que modificó tan hondamente el gusto artístico. Testimonio de ello ofrecen, entre otros ejemplares, el precioso gorjal de Felipe II con admirables relieves representando la batalla de San Quintín (véase la lámina tirada aparte), y la espada y tarja de Francisco I, rendida en Pavía á las armas españolas (fig. 94).

Al examinar las primorosas armas de aquella centuria, parece como si los artífices trataran, á medida que las armaduras perdían su valor defensivo, de aumentar su importancia y estima por medio de la ornamentación, decorándolas profusa y caprichosamente. Además de las labores ejecutadas por medio del grabado, cincelado y relieve, empleóse el damasquinado como elemento principalísimo y valioso de embellecimiento, de tal manera, que puede considerarse este procedimiento como aplicable singularmente á la ornamentación de las armas. Éstas ofrecen, por sí solas, el conjunto de las principales industrias de la época, puesto que eran objeto elegido por los artífices para sus más bellas creaciones. Las armerías y colecciones deben considerarse y estudiarse siempre en su doble aspecto, esto es, como exposición de los medios de destrucción y defensa utilizados por el hombre, y como resultado artístico-industrial. Así vemos que en la Armería Real de Madrid, la más importante por la riqueza de los numerosos ejemplares que

contiene, merece cada arma particular estudio, no sólo como trabajo de forja y por la elegancia de la forma, sino por las admirables labores de cincelado, grabado, relevado, nielado y damasquinado, que convierten la manifestación industrial en obra artística de valor inestimable. Las corazas, cascos, rodela, frascos de pólvora, dagas, las nunca bastante celebradas espadas españolas y milanesas, y aun los arcabuces y pistoletes exornados con preciosas incrustaciones de marfil, han de estimarse como verdaderas maravillas, como resultado de un esfuerzo artísticamente cultivado, puesto que el artífice cuidó con igual interés todas las secciones del arma cuya ornamentación debía ejecutar, desde el pomo á las guardas, armonizando la decoración de modo tan ingenioso que, cual resulta en las espadas de taza, los delicados calados de su guarnición sirven de poderoso medio de defensa.

Este movimiento artístico, aunque general y casi simultáneo, tuvo su origen en Italia, en donde los armeros, especialmente los de Milán, Florencia y Luca, ejecutaron obras acabadas que les merecieron universal renombre.

«A la cabeza de todas las armas ofensivas, brilla la espada – dice Paul de Saint Víctor, – la más noble de entre ellas, símbolo de la fuerza y de la hidalguía. En todas las épocas fué la compañera inseparable del hombre de guerra, hasta tal punto que no se le concibe sin esta arma tan esencial para su defensa como para el león sus garras. El verbo poético y guerrero de aquellos siglos halla para esta arma calificativos aplicables á seres, y como á éstos bautizábase la cristianamente, ya que la forma de su guarnición podía estimarse como símbolo religioso.

La espada tipo de esta centuria ofrece caracteres especialísimos, así en la estructura de la hoja como en su guarnición, constando una y otra de varios elementos (figura 95). En la hoja hay que notar la *espiga*, que es la sección superior á la que se adapta la empuñadura; el *recazo*, que inmediato á aquélla presenta mayor anchura y grueso que el resto de la hoja, y el cuerpo y la punta. En la guarnición obsérvase el *pomo*, redondo, cilíndrico ó cuadrado; la empuñadura y los brazos que forman la cruz se completa con la guarda y la contraguarda, compuesta de planchas de hierro, planas ó cóncavas, macizas ó primorosamente caladas ó cinceladas, montadas en el sentido perpendicular de la empuñadura y de las que á su vez se derivan otras piezas, que enlazan la hoja circuyéndola por el recazo, formando dos secciones de guardas. Más sencilla la que pudiéramos llamar de munición, ó sea la utilizada por el ejército, presenta únicamente las guardas. Usáronse además el *estoque*, de mayor longitud que la espada, de hoja rígida, que se llevaba sujeto al arzón derecho de la silla y se manejaba simultáneamente con aquélla, según las condiciones ó índole del combate; el *montante*, arma distintiva de los lansquenetes, adoptada asimismo por los suizos y españoles, de ancha y recta ó flamígera hoja, aguda en su punta y cortantes filos, interrumpidos en su primer tercio por dos á modo de cuchillas, y empuñadura de extraordinarias dimensiones, cruzada por enormes brazos; el famoso *verduguillo*, no menos temible que la daga, de larga y estrecha hoja, y la espada con guarnición llamada de taza (fig. 96), de hoja larga, acanalada en su primer tercio y con fino corte en su última sección. La guarda constitúyela una especie de cestilla, protectora del puño, profusamente calada, grabada, relevada ó cincelada. Esta pieza esencial de la guarnición ofrecía vasto campo á los artífices para ejecutar bellos trabajos de ornamentación, sorprendiendo algunos ejemplares por sus delicados calados ó cincelados representando flores, figuras geométricas ó asuntos diversos, verdaderas maravillas del cincel y del buril.

La espada tipo de esta centuria ofrece caracteres especialísimos, así en la estructura de la hoja como en su guarnición, constando una y otra de varios elementos (figura 95). En la hoja hay que notar la *espiga*, que es la sección superior á la que se adapta la empuñadura; el *recazo*, que inmediato á aquélla presenta mayor anchura y grueso que el resto de la hoja, y el cuerpo y la punta. En la guarnición obsérvase el *pomo*, redondo, cilíndrico ó cuadrado; la empuñadura y los brazos que forman la cruz se completa con la guarda y la contraguarda, compuesta de planchas de hierro, planas ó cóncavas, macizas ó primorosamente caladas ó cinceladas, montadas en el sentido perpendicular de la empuñadura y de las que á su vez se derivan otras piezas, que enlazan la hoja circuyéndola por el recazo, formando dos secciones de guardas. Más sencilla la que pudiéramos llamar de munición, ó sea la utilizada por el ejército, presenta únicamente las guardas. Usáronse además el *estoque*, de mayor longitud que la espada, de hoja rígida, que se llevaba sujeto al arzón derecho de la silla y se manejaba simultáneamente con aquélla, según las condiciones ó índole del combate; el *montante*, arma distintiva de los lansquenetes, adoptada asimismo por los suizos y españoles, de ancha y recta ó flamígera hoja, aguda en su punta y cortantes filos, interrumpidos en su primer tercio por dos á modo de cuchillas, y empuñadura de extraordinarias dimensiones, cruzada por enormes brazos; el famoso *verduguillo*, no menos temible que la daga, de larga y estrecha hoja, y la espada con guarnición llamada de taza (fig. 96), de hoja larga, acanalada en su primer tercio y con fino corte en su última sección. La guarda constitúyela una especie de cestilla, protectora del puño, profusamente calada, grabada, relevada ó cincelada. Esta pieza esencial de la guarnición ofrecía vasto campo á los artífices para ejecutar bellos trabajos de ornamentación, sorprendiendo algunos ejemplares por sus delicados calados ó cincelados representando flores, figuras geométricas ó asuntos diversos, verdaderas maravillas del cincel y del buril.

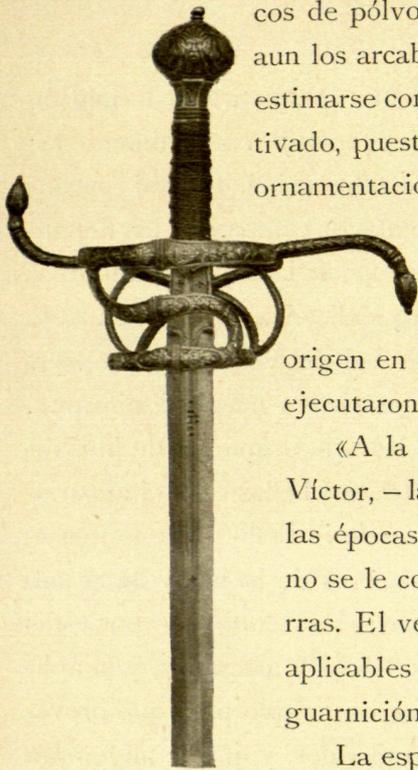


Fig. 95. – Espada de lazo, siglo XVI (Museo-arma-ria Estruch, de Barcelona)

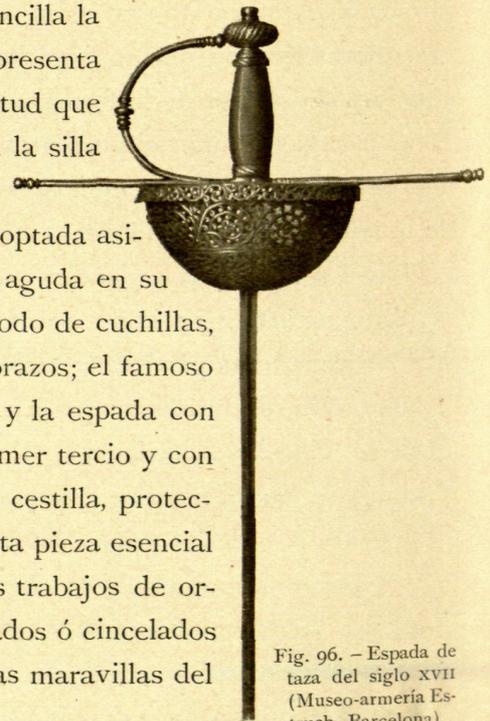


Fig. 96. – Espada de taza del siglo XVII (Museo-arma-ria Estruch, Barcelona)

Adoptaron otra vez los peones los escudos de madera cubierta de piel ó cuero, ó bien de hierro, de superficie lisa ó ricamente grabados, que denuncian el tipo característico de la rodela, de cuya arma defensiva consérvanse en los museos preciosos ejemplares, profusamente grabados y cincelados, admirables por la belleza del trabajo y la elegancia de su decoración. Sin embargo, no deben confundirse los tipos del siglo á que nos referimos con los italianos labrados en la anterior centuria, destinados exclusivamente á desempeñar el oficio de armas de parada ó muestra, debiendo considerarse como bellas y espléndidas manifestaciones artísticas.

El almete continuó siendo el arma protectora de la cabeza durante el siglo XVI, aunque se le sujetó á diversas modificaciones motivadas por los nuevos adelantos introducidos en la forma de guerrear y como consecuencia del desenvolvimiento que alcanzaron todas las artes en aquel glorioso período histórico, que con tanta razón y justicia se tituló del Renacimiento. Diósele forma más elegante y exornósele con preciosas labores grabadas ó damasquinadas, perfeccionándose ó ampliándose las piezas que lo constituían. Varios tipos pudiéramos citar; mas nos limitaremos á hacer especial mención del más perfecto, denominado *almete de encaje*, por ajustarse su reborde sobre la gorguera, de modo que no debía soportar la cabeza su peso, resultando fáciles los movimientos de aquélla.

El bacinete experimentó, al igual de todas las armas, la influencia de la nueva corriente, y así la forma como la ornamentación sirvieron á los artífices para dar muestra evidente de su habilidad y buen gusto, conforme lo atestiguan, entro otros, los ejemplares que atesora la Real Armería de Madrid (fig. 97), decorados con elegantes motivos grabados sobre fondos dorados, divididos por varios listones, que ostentan asimismo grabados de igual mérito y de no menor importancia.

La celada, que tanta aplicación tuvo en el siglo anterior, transformóse radicalmente, de tal manera, que dió origen á la *borgoñota*, que dejaba el rostro en descubierto, siendo éste el tipo del casco que con preferencia decoraban los artífices, exornándolo con relieves y cincelados que representaban asuntos históricos, mitológicos ó tomados de las tradiciones heroicas de la antigüedad (fig. 98), alternando con los varios cuanto infinitos motivos de ornamentación que produjo el Renacimiento, y con frecuencia coronados con animales ú otra suerte de figuras. La prolijidad de las labores hállase realzada por el bellísimo contraste producido por los metales, puesto que en algunos ejemplares ejecutábase delicadas labores por medio del damasquinado. En

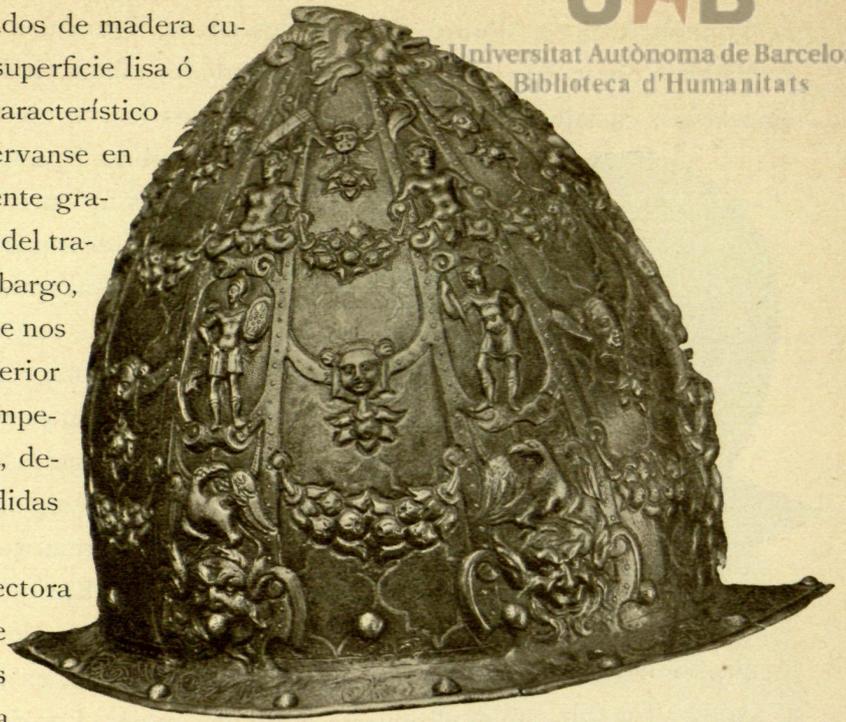


Fig. 97. – Bacinete del siglo XVI, ofrecido por el duque de Terranova á Felipe III (Armería Real de Madrid)

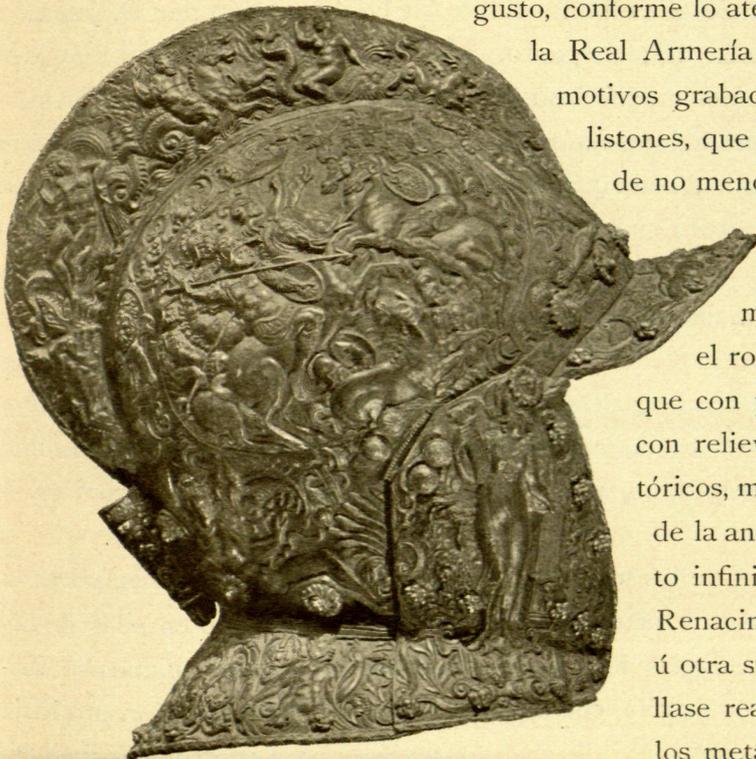


Fig. 98. – Borgoñota cincelada y relevada de Felipe II, siglo XVI (Armería Real de Madrid)

la Armería Real de Madrid, tantas veces citada, figura una riquísima colección de esta clase de armas, verdaderas obras de arte, ya que proceden de los talleres italianos que alcanzaron mayor nombradía. Sus cincelados, esmaltes, damasquinados y relieves fueron obra de los artífices que más fama lograron en aquel siglo, entre cuyos nombres figuran los de Filippo Negrolo, Carbagno, Piccinini y de otros no menos hábiles maestros.

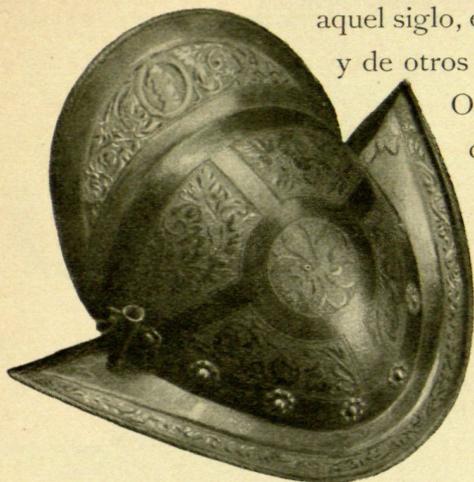


Fig. 99. - Morrión del siglo XVI
(Museo-armería Estruch, de Barcelona)

Otro casco comenzó á usarse también en este siglo, propio de los arcabuceros, que presto fué adoptado por todas las naciones de Europa y al que se dió el nombre de *morrión*. Usáronlo, además de los soldados, los caballeros y magnates, convirtiéndose por tal motivo en rico y elegante casco de corte, ya que los artífices cubríanlos con grabados cincelados ó damasquinados, que avaloraban su minuciosa ornamentación. Entre los varios ejemplares notables que podríamos citar, mencionaremos singularmente el que perteneció á uno de los jefes de la Guardia Suiza personal de Enrique IV (fig. 99) y que hoy posee en su rica colección el inteligente coleccionista barcelonés D. José Estruch. Tiene una magnífica cresta, en la que, entre ramajes, destaca en un lado el

busto de un hombre y en el opuesto el de una mujer. Las dos superficies del morrión hállanse divididas por cuatro listones pavonados, que dejan en el centro un medallón en el cual está grabada y dorada una flor de lis. Los cuatro espacios que determinan los brazos de la cruz producida por los listones contienen bellísimos grabados, cuyos motivos son dorados ramajes. En su cinta lleva diez y seis chatones que servían para sostener la cofia, y junto á la cresta, en la nuca, el cubillo para llevar el plumero. Este morrión es uno de los más ricos y elegantes ejemplares existentes en este género de armas.

Dignos de estudio son los cascos árabes de este siglo que se distinguen por estar generalmente forjados de una sola pieza de forma cónica, largueados de arriba á bajo por una serie de listones relevados, exornados con varios dibujos grabados al buril ó bien con caracteres arábigos, terminando en un á modo de botón. Como tipo citaremos el que se conserva en la Real Armería de Madrid que perteneció al almirante turco Alí Bajá, vencido por D. Juan de Austria en el combate naval de Lepanto.



Fig. 100. - Armadura con varascudo de D. Juan de Austria, siglo XVI (Armería Real de Madrid)

Si conforme indicamos modificáronse las piezas protectoras principales, perfeccionóse también la armadura, aunque sin transformarla, ya con el aditamento de nuevas piezas ó dando á cada una de ellas mayor ajuste. Inventóse el escarpe de punta cuadrada (fig. 100) que se denominó de *pico de pato*; cubriéronse totalmente de hierro por medio de piezas articuladas las partes del cuerpo que estaban todavía protegidas por la malla, agregándose piezas importantes como la braguetta, destinada á cubrir las partes genitales, la *bufa* y el *varascudo*, especie de escudo cuadrado que se sujetaba sobre la parte superior izquierda del peto á modo de pieza de refuerzo, y aumentóse la arista de la parte media del peto, que poco á poco llegó á determinar una especie de pico en su parte superior, detalle que se exageró en la siguiente centuria.

Prolija sería la indicación de los varios tipos que ofrecen las armaduras, tal es la variedad que presentan en su estructura y decoración; pues así como en ellas determinan variantes las piezas llamadas de refuerzo y la clase de tropas á quienes se destinaban, la influencia del nuevo estilo, con las tradiciones del siglo anterior, producía motivos distintos de decoración que utilizaban los artífices para el mayor embellecimiento, aplicando los recursos de los procedimientos artístico-industriales, entonces

en su período más floreciente, para labrar piezas altamente recomendables, dignas de estima y admiración.

Dispuesta nuestra patria á aceptar la saludable influencia del Renacimiento, desterró los antiguos moldes y dispúsose á recorrer amplios y nuevos derroteros. De ahí la gran evolución que se observa en esta centuria y la transformación que rápidamente se operó en España, ya dispuesta ó abonada por la cultura de los árabes y la fe de los artistas cristianos. El buen gusto, la delicadeza de las labores, la armónica combinación de tonos y el concepto artístico informando las creaciones sintetizan la evolución del siglo xvi. Los hombres de guerra fueron quizás los primeros en acoger las innovaciones de la reforma y en utilizar para sus atavíos guerreros la habilidad de los artífices que se inspiraban en las nuevas corrientes. Sobre sus armaduras completas vistieron sayos de valiosas telas, bien ceñidos, formando faldellín; adornaron el acerado almete con airosos penachos de plumas; cubrieron de grabados y labores, sobre fondos dorados ó negros, las piezas de la armadura; dieron juego ó acción á alguna de ellas; perfeccionaron y enriquecieron el armamento ofensivo, y extremaron el gusto y el lujo hasta en los arreos y bardas de sus caballos, que ostentaban vistosos jaeces de pasamanería, oro, plata y piedras preciosas, al igual de las sillas, mantillas y caparazones, del mismo color que las telas que vestía el caballero.

Las armaduras de Cristóbal Colón (fig. 101), Carlos V, Filiberto de Saboya, Gonzalo de Córdoba y Álvaro de Bazán, grabadas á listas con entrelazos y hojas con fondos dorados ó bien con grecas y escudos de gusto arabesco, como la del duque de Alba (fig. 102), conservadas en la Real Armería de Madrid, y las llamadas *maximilianas*, patentizan la diversidad y la riqueza de formas tan distintas de las del siglo anterior, puesto que el arte oculta el destino de la pieza.

Cuanto á las bardas, tan usadas en esta centuria, componíanse de tetera, capizana, petral, collera, franqueras y grupera, hallándose unidas estas piezas, al igual de las que constituían las armaduras de los hombres de guerra, por medio de engarces, pasadores y hebillas. En las armerías y museos consérvanse algunas bardas completas y ricamente ornamentadas que sirven de complemento á las armaduras ecuestres de algunos personajes históricos, tales como las que corresponden á los arneses de Carlos I y Felipe II, exornadas con preciosos relieves, cincelados y damasquinados, que se conservan en la Real Armería de Madrid. Hay que notar que así en estos ejemplares como en los que existen en otros museos y colecciones, forman el juego completo la armadura ecuestre del jinete, la barda del caballo y la silla de guerra. En la ornamentación de las bardas abundan los mascarones grotescos ó bien las composiciones de carácter histórico dentro de cartelas ó medallones. Justo es consignar que á los armeros alemanes cabe la gloria de haber producido las mejores bardas.

La silla de armas, si bien no formaba parte de la barda, debe considerarse como su verdadero complemento. Dos tipos ofrecen las sillas de guerra; la destinada al caballo ligero que se denominó *cocera*, y *bridona* la empleada por la caballería pesada ó gendarma, cuyas divisiones respondieron á los dos modos de montar, á la *jineta* y á la *brida*. Los borrenes hallábanse cubiertos con dos ó tres chapas de acero, sujetas por varios tornillos y exornadas con preciosas labores, siendo objeto de análogo embellecimiento los estribos, frenos y espuelas. El resto de la silla forrábese de terciopelo ó rico damasco recamado de oro ó plata, guarneciéndola un bonito fleco de seda.

Ligeras variantes experimentaron las armas de asta, y continuaron utilizándose la *pica* y *media pica* por determinados cuerpos de infantería, y la lanza de armas por la gendarma. Los hierros afectaban variadísimas formas, según fuese el uso ó aplicación del arma, denominándose de *hoja de laurel*, de *olivo* y de

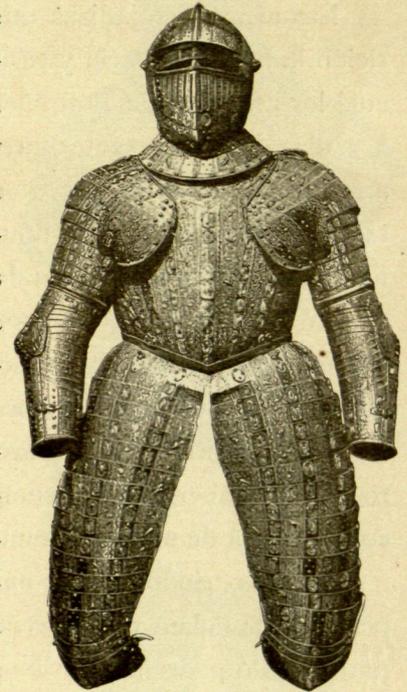


Fig. 101. — Armadura de Cristóbal Colón
(Armería Real de Madrid)

espino, por asemejarse á las de los árboles del mismo nombre, y de *punta de diamante*, por las labradas facetas que presentaban. El asta tenía en su parte más gruesa una depresión para poder abrazarla, llamada *manija*, y durante la marcha llevábase en sentido vertical, descansándola el jinete en la *cuya*, que á modo de pequeña bolsa de cuero fuerte hallábase unida al estribo. El *bordón*, de asta gruesa y robusta; la *bordonaza*, que ostentaba estrías doradas ó pintadas; la *alabarda*, la *guisarma*, la *partesana*, el *cuchillo de brecha*, el *corsesque* y el *portamecha* siguieron empleándose por los hombres de guerra de este siglo, perdiendo su importancia la maza, el hacha y el látigo, armas tan usadas en la centuria anterior.

Las armas arrojadizas utilizáronse en la guerra y en la caza, no determinando su completa desaparición la mayor eficacia y resultados que ofrecían las armas de fuego portátiles. Algunas tropas especiales, cual los arqueros de Borgoña, que constituían la guardia personal de Felipe I el Hermoso, hallábanse armadas de arco y saetas, arrojándose con las ballestas, dotadas ya de su correspondiente *cranequin* para armarlas, *cuadriellos* y *viratones*, ostentando la cureña ó tablero bellísimas labores por medio de incrustaciones de marfil, representando asuntos de caza, trofeos ó motivos ornamentales propios del estilo dominante en los primeros años de la centuria á que nos referimos. El constante progreso iniciado en todas las artes é industrias produjo, como obligada consecuencia, la invención del arcabuz, que vino á reemplazar con éxito á la defectuosa escopeta. Diferenciábase el arcabuz en que no se cargaba por la recámara, y en que gracias á un sencillo mecanismo la mecha adherida al serpentín subía movida por un muelle hasta el fogón para verificar el disparo. A esta arma se adicionó después la rueda, inventada en 1515 por un armero de Nuremberga, que reemplazó con ventaja á la mecha. Se producía el choque de una piedra de sílice con la punta de acero, y comunicaba la chispa al fogón, determinándose el disparo.

A este período corresponde también el mosquete, que sólo se distinguía del arcabuz por la forma especial de la culata y su mayor calibre, mereciendo citarse entre las armas portátiles de aquella época los petriñales ó pedreñales y los pistoletes, de invención y origen italiano, utilizados por la caballería. La inflamación de la carga efectuábase por medio del mecanismo de la rueda y el sílice, que fué reemplazado después por la piedra ágata, en razón de su mayor dureza.

Redújose asimismo el peso, longitud y calibre de las piezas, sin que por ello se significase la medida, reforma que no se realizó por completo hasta comienzos de la siguiente centuria. Las denominaciones de *cañón*, *culebrina*, *falcón* y *falconete* equivalen á igual número de tipos y calibres, debiéndose al emperador Carlos V las primeras reglas para lograr la unificación, y al célebre Leonardo de Vinci las ruedas dentadas, á favor de las cuales podía darse á los morteros la inclinación que precisaran.

La fantasía de los maestros artilleros, singularmente los alemanes, tradújose en bellos y caprichosos motivos ornamentales para la decoración de las piezas, cuyos elementos hállanse inspirados en los conceptos del Renacimiento.

Al igual que las armas blancas, experimentaron las portátiles de fuego la influencia de las artes. Las cajas decoráronse con placas de metal, marfil ó nácar, imitando figuras y follajes, incrustadas en la madera, que fué objeto también de primorosos trabajos de talla, cincelándose y grabándose el cañón y las llaves. Hay que tener en cuenta que esta clase de decoración se aplicaba sólo á las armas de lujo destinadas á las armerías de los magnates.

Considerable es el número de artífices distinguidos cuyo nombre ha quedado perpetuado por el valor de sus obras. Entre todos ellos figuran los españoles en preferente lugar, pues en aquel ciclo verdaderamente glorioso brillaron por su habilidad y maestría los forjadores y armeros de nuestra patria. Las espadas toledanas sólo son comparables por la excelencia de su temple con las orientales, y sus inimitables labores igualan y algunas veces superan á las producciones italianas.

Hay que tener en cuenta que todas las manifestaciones artístico-industriales de aquel período deben considerarse como el armónico resultado de la asociación del artífice y del artista, ya que no es posible

suponer en los maestros armeros y arcabuceros la poderosa inventiva que revelan los variadísimos motivos ornamentales que embellecen sus obras. Y tal fué así, que la Historia nos ha transmitido el nombre de artistas tan eminentes como lo fueron Alberto Durero, Holbein, Arphe, Becerril, Jacquard, etc., que se esforzaron en convertir en obras verdaderamente artísticas las que en otro caso hubieran debido considerarse como discretas producciones industriales.

El progresivo perfeccionamiento de las armas de fuego, la táctica y hasta la constitución de los ejércitos fueron causa para que ya en los primeros años del siglo XVII se iniciara la simplificación de la armadura y con ella el período de su decadencia. Suprimiéronse paulatinamente piezas consideradas antes como esenciales, siendo reflejo las armas, al igual de las demás producciones artísticas é industriales, del período de transición que representa aquella centuria, especialmente para España, en donde todo aparece incompleto y sin la fuerza que presta la seguridad y fijeza.

Perdida la importancia del armamento defensivo é iniciado el período de su decadencia, precursor de su desaparición, no revisten ya las piezas del arnés el interés que tienen las de los pasados siglos, debiendo considerarse más como tradicionales manifestaciones de ostentación que como verdaderas piezas defensivas. Esto no obstante, especialmente las que corresponden á los primeros años de la centuria, conservan algunos caracteres de los del anterior, y son, por lo tanto, dignas asimismo de estudio. Así lo atestiguan algunos ejemplares conservados en las armerías y museos, notables por sus bellísimas formas y artísticos motivos de ornamentación.

Al finalizar el siglo hablábase limitado tanto el armamento, que el bacinete y la borgoñota con yugulares y visera de pico, gorguera y coselete sin brazales y con escarcelas, eran las únicas armas defensivas utilizadas por la gente de guerra. Los arcabuceros y mosqueteros siguieron usando coletos de búfalo, y posteriormente la hungarina, especie de casaca acolchada ó forrada.

Proscritos en absoluto los quijotes y los escarpes, puede considerarse como media armadura la que sirve de tipo en aquel siglo. No por eso son algunas menos dignas de estudio, pues aun en el ocaso de esta industria produjéronse piezas que se separan de la vulgaridad, decoradas con elegantes aborndonados, grabados entrelazos ó nieles negros con dibujos ajacarados y dorados (fig. 103.)

El casco, parte principalísima del armamento defensivo, perdió su importancia con la general aplicación de las armas de fuego. El bacinete distínguese por su mayor altura que el tipo del siglo anterior, dejando de utilizarse en el último tercio de la centuria, en que fué reemplazado por la borgoñota modificada y el morrión, siendo escasas las aplicaciones que tuvo la celada, que difiere poco en su tradicional estructura.

Abandonáronse en los últimos años de este siglo las dagas (fig. 104) y puñales, que dejaron de ser las armas propias del caballero, pasando á ser patrimonio de los rufianes y malandrines; modificóse la guarnición de la espada militar, inventóse el sable, derivación de la *ronfea* del siglo anterior, adoptándose diversas formas, cual si la espada se hallase sujeta á las modificaciones experimentadas por las piezas defensivas.

Varios tipos ofrecen las espadas y verduguillos por la variedad de sus guarniciones, sin que por ello cambien notablemente en su general estructura. Muestra de ello nos ofrecen la espada de Felipe IV, que

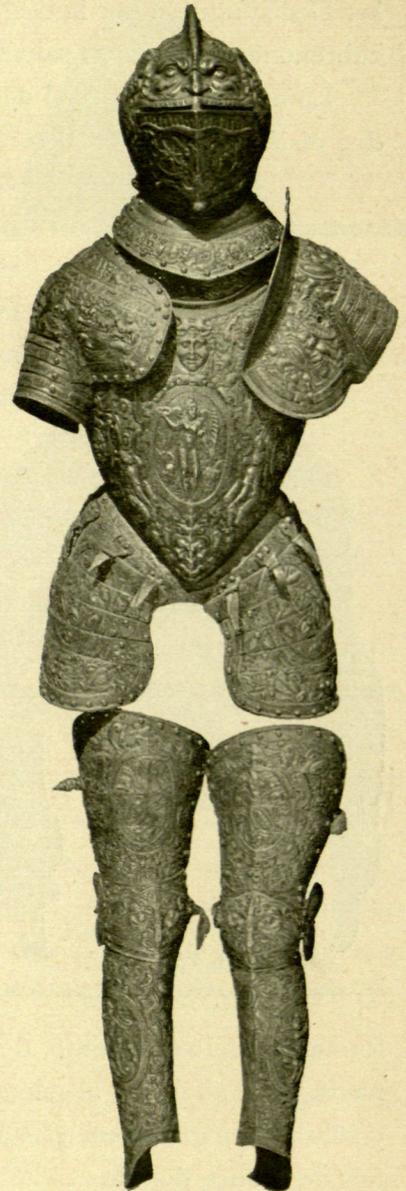


Fig. 102. - Armadura relevada y damasquinada del duque de Alba, siglo XVI (Armería Real de Madrid)

figura en la Real Armería de Madrid, constituida por una preciosa taza calada con rompepuntas en forma de festón, contrataza y gavilanes rectos y lisos y perilla grabada en relieve, ofreciendo la taza la particularidad de ser completamente plana y desprovista de cubremano, en tanto que la atribuida á Carlos II distínguese por la elegante forma de la taza y artísticas labores de la contrataza, teniendo perilla, cubremano y gavilanes salomónicos.

La estructura especial de la guarnición motiva otras varias denominaciones. De ahí los tipos conocidos distintamente con diversidad de nombres, entre ellos los de espadas de concha y de farol, siendo variante de esta última la *schiarona*.

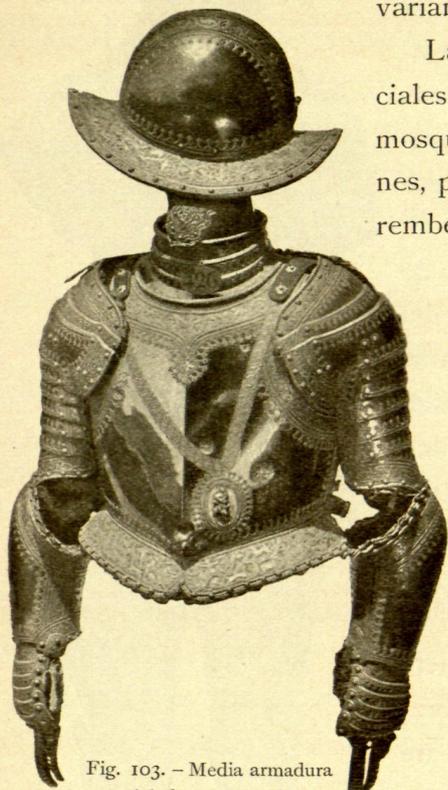


Fig. 103. - Media armadura nielada y pavonada, de Felipe III, siglo XVII (Armería Real de Madrid)

La pica y la alabarda para cierta clase de tropa, el espontón para los oficiales y el mosquete y arcabuz fueron las armas propias de la infantería. El mosquete, poco manuable por su excesivo peso, sufrió sucesivas modificaciones, perfeccionándose con la platina de rueda, innovación importada de Nuremberga, y posteriormente con la piedra de chispa, llamada platina de miquelete, origen del fusil, introducida por los españoles. Conocida es la importancia que alcanzaron los miqueletes catalanes durante la guerra contra Felipe IV, y la que durante aquel período de tiempo adquirió el petriñal ó petreñal, de origen catalán, usado por la caballería. En esta época tuvo también lugar la invención de la bayoneta, que acabó por hacer innecesario el uso de la pica, ofreciendo al soldado una nueva arma de gran utilidad para el combate y que tanta importancia había de lograr en los tiempos modernos.

La preponderancia del arcabuz sostúvose en todos los ejércitos, á pesar de los mayores efectos mortíferos del mosquete, debido sin duda á su menor peso y por no exigir su manejo el empleo de la horquilla. Esto no obstante, organizáronse en algunos países, entre ellos Francia, cuerpos de tropas escogidas armadas de mosquete.

Escaso interés ofrece la panoplia del siglo XVIII. La completa transformación del armamento, dotándose á la infantería de armas de fuego, fué la causa definitiva y determinante de la abolición absoluta de las piezas consideradas antes como defensivas, utilizándose únicamente y sólo para algunos cuerpos montados la coraza, generalmente lisa, y como único adorno algunos chatones de bronce dorado.

Las espadas llamadas de barquilla, que fueron después sustituidas por las de vela, y los espadines y espadas de salón con bonitas guarniciones doradas é incrustadas y otras primorosamente pavonadas son los tipos de este período.

El mosquete, que según hemos dicho, fué sustituido por el arcabuz, fué á su vez reemplazado en 1703 por el fusil con bayoneta para la infantería, dragones y granaderos á caballo, que llevaban además espada colgante de bridecú ó sable, completando el pertrecho un frasco polvorín de madera y una canana de vaqueta en la que se hallaban impresas las armas reales.

Interesantísimos bajo todos aspectos son los tipos que nos ofrecen los pueblos orientales. Su alejamiento de nuestro centro ó su meditado aislamiento dificultan y hasta imposibilitan el estudio del proceso histórico de las que pudieron usar aquellos pueblos, velados durante tantos siglos con la sombra del misterio. Existen, sin embargo, en diversos museos algunos ejemplares correspondientes á distintas épocas, y si bien por ellos no es posible fijar de modo cierto y seguro las transformaciones que pudieron operarse, sirven en cambio para determinar el tipo, cuya estructura, cual si fuera la tradicional de cada pueblo, se ha conservado casi íntegra á través de los tiempos. En algunos de ellos continúan reproduciéndose

los antiguos modelos, tan dignos de estudio como lo son los sables egipcios, con empuñadura de acero, formando huecos para colocar los dedos, y los sables turcos con empuñadura de madera y arriaz de latón; los sables berberiscos con la cruz de brazos caídos y los alfanjes exornados con prolijas labores que patentizan el próspero estado que llegó á alcanzar esta industria en las naciones musulmicas; los sables chinos, de empuñadura de acero y hoja de un solo filo, y los notables sables japoneses en cuyos arriaces dan muestra los artífices de aquel país de su rara habilidad. Los yataganes, las espadas de Zangebar, los kris y campilanes completan el variado cuadro de los tipos que el hombre oriental ha construído para defenderse ó con el fin de destruir.

Hoy los nuevos adelantos han sido causa de que desaparecieran hasta las piezas más sencillas que recordaban la antigua panoplia. Las preciosas espadas de lazo ó de taza han sido reemplazadas por el sable, frío como la materia de que está formado, sin adornos ni labores; el mosquete y el arcabuz, por los fusiles de aguja primero y los de repetición después; los falconetes y lombardas, por los grandes cañones Armstrong, Krupp, Ordóñez, Maxim, Hontoria, etc., y de las aparatosas armaduras y labradas piezas del arnés sólo quedan el casco y la sencilla lanza de caballería. El arte que informaba las creaciones de los artífices de las pasadas centurias no aporta el caudal inmenso de sus elementos para embellecer las armas. Éstas preséntanse hoy con toda su rudeza, con la fría rigidez del metal de que están formadas, revelando la violencia y la fuerza. Cada día nos sorprenden los nuevos inventos y el mayor número de medios de destrucción que concibe el hombre. El armamento, al igual que los uniformes, ha sufrido cambios tan rápidos como radicales, á los que ha contribuído, sin duda, el estado político y social de todos los pueblos. Difícil es hoy reunir todas las transformaciones y tipos de las armas modernas, tal es su variedad; pero más costosa empresa será para el arqueólogo de las venideras centurias cuando se trate de estudiar el exceso de producción y este afán con que persigue el hombre los medios para destruirse, pues no á otro propósito responden los nuevos fusiles de repetición, que al aumentar la rapidez del tiro, aumentan cada vez más los mortíferos efectos de las armas de fuego.

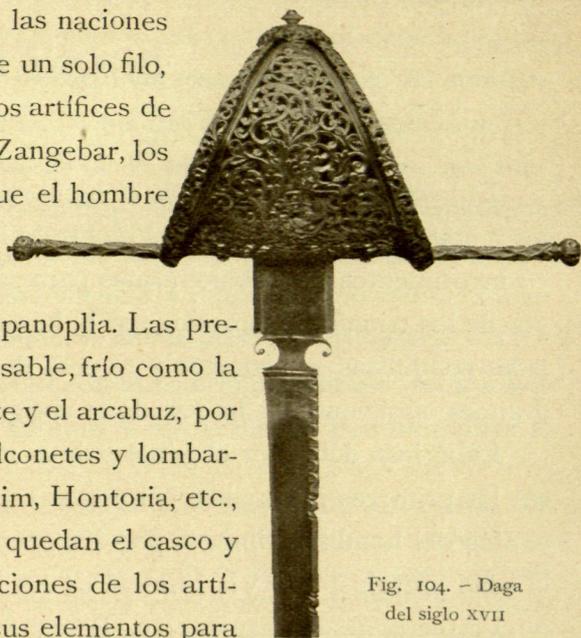


Fig. 104. - Daga
del siglo XVII